

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*La mujer, estudios morales, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, segunda serie.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*Revista de Madrid.*—*Miscelánea de economía, higiene y medicina domésticas.*—*Varias composiciones métricas por diferentes autores.*—*Amor de un poeta.*—*Bibliografía, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Adelantos del siglo, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Modas de París, por Mme. Juliette Lormeau.*—*Explicación de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Advertencia.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurín para vestidos de señoras.*—*Almanaque cromo-litografiado.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO IV.

LA BONDAD Y LA AMABILIDAD.

I.

Entre las infinitas penas que afligen á la mujer, que torturan su corazón, que amargan su alma, hay algunas que ella misma se inventa, por la actividad de su imaginación fogosa, por la estremada debilidad de su espíritu ó por efecto de una educación descuidada y poco religiosa.

ENERO.

En el primero de los dolores que se crea, están la envidia y los celos: estos, dando emponzoñado y forjado por el infierno: aquella, sierpe venenosa que roe el corazón de que se posesiona hasta dejarle hueco y vacío como un sepulcro.

Ya me parece ver las lágrimas en los ojos de algunas pobres celosas: ya oigo que me dicen con acento dolorido:

—¿Qué culpa tenemos nosotras de ser desventuradas, cuando, á costa de la mitad de nuestra vida, quisieramos no tener esta horrible pena?

Sin dar un solo día de vuestra existencia, que es de Dios, podeis vivir, si no felices del todo, al menos con mucha mayor tranquilidad, si no os empeñais en pedir á la pobre humanidad mas de lo que puede daros: esto es, abnegación completa y amor eterno.

—¿Qué remedio nos darás á nosotras? me preguntarán las atormentadas por la envidia?

Pero mi contestación á esta pregunta será algo mas severa que á la otra: las diré que su padecimiento en vez de compadecerme, como el de los celos, me indigna, porque nace de una causa totalmente distinta y mucho menos noble.

Sí; los celos y la envidia son dos cosas muy diferentes por mas que se confundan entre sí con esa poca premeditación con que los pobres mortales confunden todas sus pasiones, como si estas no fuesen el origen de sus males, la base del terrible drama social que se desarrolla en el interior de cada familia, de cada casa, de la sociedad entera.

¿Por qué, pues, no ha de haber alguna mano caritativa que descorra el velo que oculta la vista de tantos seres que han nacido para ser buenos y á quienes la ignorancia hace culpables?

¿Por qué no ha de tener la sociedad sus misiones, cultas, benéficas, elocuentes, como las tienen religiosas y consoladoras los cipa-

yos de las Indias, los indígenas de las costas de América?

¿No es acaso mucho mas inocente é inofensiva la vida de aquellos desdichados salvajes que pasan sus dias fabricando canoas y adornándose con plumas, que la de los seres que la pasan en nuestra ilustrada sociedad haciendo víctimas de sus pasiones?

¿Es, por ventura, mas criminal el caribe que devora carne humana porque sus padres y abuelos le enseñaron á usar de este alimento, que el hombre culto de nuestra civilizaci6n, que sin peligro alguno, sin esposici6n y con la mas completa tranquilidad vé que se pierden almas, que él podia alumbrar con su ciencia y sus consejos, almas que habian sido creadas para el bien y que solo necesitaban de un rayo de luz que les iluminase su camino?

¿Qué hace el sabio de nuestros dias? Pasar erguido por en medio de las miserias humanas, con la mirada distraida y arrogante, con la frente fruncida por el afán de arrancar á la ciencia un arcano mas.

Del mismo modo que se presenta en el teatro, testigo de sus triunfos, un actor, muy amado del público, pero que ya va envejeciendo, se presenta tambien el hombre de ciencia en el gran teatro del mundo.

Uno y otro aparecen frios, impasibles, cansados del trabajo de largos años, de eternas noches de vigilia; y en su inmovilidad, en sus calvas frentes, en sus espaldas encorvadas, solo se leen estas palabras:

—*Aquí me tienes, sociedad: apláudeme, que yo hago sobrado con presentarme.*

El hombre de ciencia no es, no puede ser apóstol de religion, ni guía de la virtud: el árbol de la ciencia fué descubierto á la primera mujer por el enemigo del género humano.

¡Ah! solo hay una cosa que deplora en su índole la mujer que escribe estas líneas: la debilidad que acompaña á su condicion de tal y que prohíbe á su sexo toda empresa fuerte y animosa.

El hombre puede hacer muchos mas beneficios á la humanidad, porque tiene abiertos anchos caminos para el bien; la mujer no los tiene ni debe tenerlos, y la que mujer ha nacido y debe contentarse con rezar por los que padecen y aliviarlos con medios sencillos y humildes como su condicion.

Pero ya que no me sea dado emprender la misi6n gloriosa de estirpar malas pasiones, permítaseme, al menos, matar los errores que pueden hacerlas nacer en mi sexo: séale lícito á la mujer dar consuelo y consejos á las demás mujeres, mostrarlas el camino del cielo, que, por mas que se diga, es fácil y dulce, y

recoger en vez de un capital de gloria, un caudal de simpatías y de amor.

En todo cuanto hasta el dia he escrito, solo para ensalzar la virtud ha sido inspirada mi pobre pluma: en todo cuanto escriba, solo ambiciono hacer patente su belleza, su dulzura, y separarla del error; porque cuando suba al cielo, donde espero hallar un asiento, quiero deponer mi pluma á los pies de Dios, limpia de toda mancha, blanca y pura, como la tomé en mis manos por la vez primera.

II.

Los celos y la envidia han producido en todos tiempos grandes desgracias, por mas que sean dos sentimientos distintos; pero tampoco se parecen en nada el huracan y el rayo, y sin embargo, ambos hacen destrozos espantosos y ambos son hijos de la tempestad.

La tempestad del alma son los celos y la envidia; y tanto importa que sus efectos sean rápidos como el rayo ó sordos y rastreros como el cierzo helado y bramador, si unos y otros son igualmente desoladores.

Los celos abrasan el corazon, como el rayo abrasa el campo de frondoso y verde trigo donde cae.

La envidia arranca del alma todas las sensaciones dulces, como el cierzo arranca los tiernos arbolillos, los olorosos rosales y hasta las viejas encinas de los bosques.

Pero si ambos sentimientos causan grandes desastres son emanados de diversas causas.

La envidia nace de la pequeñez del alma.

Los celos de la gran sensibilidad del corazon.

Suele vituperarse algunas veces á una persona que tiene celos, pero se la compadece siempre.

Una persona envidiosa, solamente inspira desprecio, y todo lo mas que en su favor alcanza, es una lástima desdeñosa.

Los celos engendran el odio; pero en cuanto el celoso es feliz, compadece á la persona sobre la cual ha triunfado.

La envidia no conoce la compasi6n: el envidioso quisiera que todo el mundo fuese pobre y desgraciado para reunir él solo todas las riquezas y prosperidades.

Los celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazon: si causa duelo el que la persona que los inspira sea bella y rica y esté dotada de relevantes cualidades, es únicamente porque estas ventajas conquistan el amor que el infeliz que vive atormentado por los celos quisiera para sí.

Los celos ambicionan afectos; de todo lo demás ni aun se acuerdan.

La envidia lo quiere todo para sí; los trages, las joyas, las atenciones, la consideracion pública, y en lo que menos piensa es en los afectos.

Los celos son á veces inspirados por los muertos; y por muertos á quienes los celos dan una importancia innmerecida ó quizá la única que alcanzaron aun antes de morir; por seres que, en su vida, despertaron una atencion, una simpatía, un amor profundo, un pensamiento; y Dios, sin duda por su eterna justicia, hace que los que tan insignificantes fueron en el mundo, que los que tan poco valian por la mezquindad de su comprension y limitado talento, inspiren celos á seres privilegiados y hasta dotados de brillante genio.

Dios concedió á aquellos pobres seres durante su vida el afecto de otro ser que valia poco mas ó lo mismo que ellos; pero separados sus destinos y sus existencias, dió al que quedaba el amor de otro corazón tan ardiente, tan exclusivo, tan intenso, que forzosamente habia de tener celos del que murió, pues el convencimiento de que este valió muy poco no basta á borrar la amarga idea de que vivió al lado del objeto de su amor.

Cuando dé á luz mi novela *La Heredera*, vereis allí los celos en todas sus fases, bajo todas las formas que pueden tomar.

Triste, muy triste será esta historia; pero, ¿acaso es alegre la historia de las pasiones y de los errores humanos?

III.

Cosa muy fácil, por cierto, es el precaverse de los ataques de la envidia; y si todas las madres educasen á sus hijas con una prudente templanza, con un absoluto alejamiento del lujo y de la ostentacion, la envidia huiria á ocultarse en el infierno por no tener corazón ninguno donde morar.

Porque la envidia escoge pocas veces para vivienda el corazón del hombre, y hace su presa casi exclusivamente en la mujer, por la excesiva debilidad de su índole.

Madres de familia, sofocad con energía en el corazón de vuestras hijas los primeros movimientos de la envidia, si no quereis que sean muy desgraciadas y tal vez muy culpables.

Porque la envidia engendra el rencor, el odio y muchas malas pasiones; y el que se deja dominar por ella, segun el temple de su alma, sueña con la ruina de su enemigo y no perdona medio para lograrla.

Enseñadlas, ante todo, á contentarse con los bienes, con las comodidades que Dios las ha enviado, por escasos que sean, y á que no ambicionen los de los demás.

No gasteis en el trage, en el aposento, en las diversiones de vuestras hijas mas que cantidades muy cortas, por mas que vuestra fortuna sea brillante: porque ¿sabeis cual es el móvil de la envidia? El hastío de aquello que poseemos.

Así pues, una niña, una jóven debe siempre tener algo que desear y debe conquistarlo con su buen proceder, con su cariño, y sus atenciones para con sus padres.

Si lo que hace nacer la envidia es el hastío de lo que se posee, lo que mas contribuye á ahuyentarla es ese tacto, esa distincion esquisita que toda madre debe inspirar á sus hijas desde su edad mas tierna.

Enseñadlas á disponer bien y con gusto su atavío y su habitacion, pero obligadlas á que lo consigan de un modo económico y fácil: decidlas que el mas precioso adorno de la juventud es la sencillez, y que á una doncella la sienta mejor un trage blanco y una flor que los terciopelos y los diamantes.

Y para que os crean, realizadlas á sus propios ojos; inspiradlas esa seductora coqueteria de que ya os hablé en otro artículo, y vereis que, estimándose lo bastante á sí mismas y apreciando lo que poseen, no envidiarán á los demás, ni mucho menos sus bienes.

El arreglo del tiempo, la buena distribucion de las horas del día y de la noche, no dejan lugar de forjar sueños varios, ni deseos reprehensibles. Cuando el corazón y la cabeza están nutridos saludablemente no pueden admitir el veneno del mal ni los pensamientos culpables.

Es una gran verdad que la propia estimacion es la base de muchas virtudes y que el orgullo bien entendido y tal como yo os lo he recomendado, excluye todas las pasiones rui-nes y bastardas.

En efecto, ¿podrá sentir la envidia una mujer orgullosa y amante de su dignidad?

No: porque este sentimiento la rebajaria á sus propios ojos concediendo á los estraños mas valor que á sí misma.

Una mujer buena, pura, recta, digna en una palabra, sabrá que su virtud vale mas que los mayores tesoros del mundo; que la resignacion es uno de los atributos mas preciosos de la mujer cristiana; que la verdadera felicidad consiste en contentarse con los bienes que Dios nos ha dado, y que la culpable ambicion de los agenos es la ruín y miserable envidia colocada por el mismo Dios en el nú-

mero de los pecados capitales, es decir, de los que solo se espian por medio de costosos sacrificios y de muchas lágrimas de arrepentimiento.

IV.

Vosotras, pobres mujeres, que sufrís la horrible tortura de los celos, quizás no hareis caso de mis consejos, y me contestareis que no se manda al corazón.

Conozco que si la envidia es una pasión ruin, los celos son un mal, una pena incomparable; pero voy, no á dar un consejo, sino á hacer una advertencia cariñosa á las que hayais perdido el cariño de la persona á quien amais: no os quejeis demasiado; no hagais del llanto vuestra ocupación continua; no deis al mundo el espectáculo de vuestra pena: ocultadla en lo mas profundo de vuestro pecho, porque vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es probable que os ganen de nuevo el corazón que habeis perdido.

No intenteis tampoco vengaros aconsejadas de vuestro despecho, pagando desvío con desvío, infidelidad con infidelidad; entonces perderiais tambien lo único que puede servir de consuelo; perderiais la paz de la conciencia y el derecho de levantar vuestras frentes limpias de toda mancha.

Una suave y digna resignación, una conducta irreprochable y decorosa; una firmeza noble é igual en los modales y un prudente retraimiento en la vida íntima, quizá os volverán el sitio que es vuestro en los corazones que llorais perdidos.

Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de súplicas: no seais jamás víctimas ni verdugos, porque es tan odioso y degradante lo uno como lo otro.

Aparentad, mientras os sea posible, que ignorais los extravíos de vuestros esposos: no les reconvenais por ellos; porque mientras procuran ocultároslos, es seguro que os tienen estimación ya que no cariño: es seguro que respetan el santo lazo de la familia, la tranquilidad de su compañera; pero desde el momento en que hagais un imprudente alarde de saberlos, perderán todo decoro y os impondrán la ley del fuerte sobre el débil.

Aquellas que poseais en toda su plenitud el amor del hombre al cual habeis unido vuestro destino, procurad conservarle, para que nunca sufraís el terrible dolor de los celos; porque son pocos los seres que pueden pasarse sin amor, y si llegan á hartiarse de vosotras, nuevos afectos ocuparán irremisiblemente su corazón.

Mujeres conozco que han atormentado de tal modo á sus esposos con celos infundados, que aquellos tenían por la mayor de las desgracias el quedarse solos con ellas: las mujeres de que os hablo, les contaban los minutos que estaban fuera de casa y el dinero que gastaban; les impedían el cumplir en sociedad con los deberes de buena educación; les pedían cuenta de todas sus acciones, de todos sus pensamientos y, cuando los sabían, les regañaban sin cesar.

Los maridos, así asediados, empiezan por engañar á sus mujeres; las ocultan que han entrado en el café como si esto fuese un pecado mortal: si han ido al teatro, las dicen que han estado acompañando á un amigo enfermo; y poco á poco dejan de amarlas, y el hastío mas profundo se apodera de su vida hasta que hallan una mujer amable, graciosa y coqueta que los seduzca.

Porque el hombre ha nacido libre y libre debe vivir: conquistad el corazón de vuestros esposos, no con la virtud ceñuda, sino con la virtud dulce, graciosa y agradable, con la bondad, con la coquetería: hacedles agradable su casa y amable vuestro trato; sed sus amigas al mismo tiempo que sus amantes; partid sus alegrías; consolad sus tristezas; endulzad sus dolores; cuidad sus enfermedades; esmeraos en su elegancia; procurad que nada les falte á su tiempo; velad por los intereses de la casa, que son los vuestros tambien; hacedlos, en fin, necesarias á su dicha y dejadlos libres, completamente libres: no les preguntéis á donde han ido, que ellos mismos os lo dirán espontáneamente: no les preguntéis el dinero que han gastado, que es rebajarlos á sus propios ojos, y las heridas del orgullo son las que menos han de perdonaros: el hombre es el jefe natural de la familia y el dueño de su casa: para impedir sus extravíos no teneis mas medio lícito que imperar en su corazón.

Mujeres que teneis envidia, dominad esa culpable pasión ó comprareis con ella la desdicha de vuestra vida y vuestra eterna condenación.

Desgraciadas, que padecéis la insoportable tortura de los celos, implorad de Dios que os acorra y llorad bajo el manto de su santa madre; pero ante el mundo, sed dignas, fuertes, enérgicas é irreprochables; porque, apareciendo víctimas, solo conseguireis una desdenosa lástima para vosotras y una general execración para quien os hace padecer, pues la sociedad, en su extraña lógica, colma á un mismo tiempo de anatemas al verdugo y de desdenes á la víctima.

Sed templadas y generosas: no rechaceis con

dureza al que os ofendió cuando os dé alguna muestra de arrepentimiento por ligera que sea; no os vengueis de él cuando la sociedad le arroje lleno de amarguras y decepciones. ¿Dónde reclinará su frente, si vuestro seno no ha permanecido puro? ¿Qué será del honor de vuestros hijos? ¿Dónde hallareis la sublime dicha de perdonar? Los que fomenten vuestro celoso despecho, los que os digan que es lícita la venganza, serán los primeros en despreciaros.

Y vosotras, dichosas criaturas, que estais escudadas con un amor tierno y profundo, no le perdais por vuestra imprudencia ó imprevision! No pidais al hombre mas de aquello que puede concederos! No queráis violentar sus gustos, sus sentimientos, sus inclinaciones! Respetadle al mismo tiempo que le améis; pero sabed haceros precisas á su bienestar, á su dicha y á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

FIN DEL ARTÍCULO CUARTO.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

QUINTA PARTE.

(CONTINUACION.)

—Es preciso que hagais al momento mi retrato.... al momento, sin levantar mano.... pero un retrato hermoso, deslumbrador.

—Laura la miró fijamente como aguardando á que se explicase mejor.

—Escuchad pues, continuó Eloisa comprendiendo el pensamiento de Laura; es preciso que mis cabellos sean.... así negros y rizados como los vuestros.... mis ojos no tan claros como son en realidad, sino negros... como los que brillan en vuestro rostro.... mi frente ancha... como la vuestra tambien, y mi color mas claro y ligeramente sonrosado.... un reflejo vuestro, querida mia, añadió con

bajeza; porque á la verdad.... sois una bellísima criatura.

Laura se sonrojó como si acabase de recibir un insulto.... en medio de su desgracia nunca se le habia ocurrido que tendria que enmendar los defectos de la naturaleza.

—Me presentareis, añadió la duquesa siempre en voz baja y sin comprender en su afección verdadera la turbación de Laura, tomando caldo en una taza de oro.... ¡feliz idea de la bella marquesa de Villa-García, el brazo derecho, un brazo modelo.... y tendreis á su conclusion cuatro mil reales en pesos fuertes.

—Señorita.... balbuceó Laura poniéndose en pié y disponiéndose para salir... escusadme. En la Habana encontrareis artistas consumados que podrán llenar mejor que yo todas esas condiciones. ¡Miserable retratista, añadió enjugando sus lágrimas y bajando precipitadamente la escalera.

El duque la seguia, y formulaba mil ingeniosas súplicas, que Laura se esforzaba en desoír.

Al llegar cerca de la puerta principal, el duque la detuvo de nuevo.

—Escuchadme Laura... yo os juro subvenir á todas vuestras necesidades... yo os amo...

—Nada necesito, respondió Laura desasistiendo de la mano nerviosa que la sujetaba y dominándole con su mirada soberana; guardaos vuestras riquezas, duque de Marianao. Antes os respetaba, ahora os desprecio.

—Volved..., repetía el duque devorándola con los ojos; consentid en hacer el retrato de Eloisa y os duplico la cantidad: ¡ochocientos mil reales!

—No!.... mil veces no!.... repitió Laura subiéndola en la volante que la esperaba como siempre á la puerta.

—Por vuestro padre, Laura, solo por él.... añadió el duque sujetando la rueda.

—Y bien! moriremos de hambre si tal es la voluntad de Dios, respondió Laura con voz clara y vibrante que no llegó á los oídos del esclavo porque era sordo el infeliz.

En el momento en que el duque se encaramaba en la volante dirigiendo á Laura sus últimas súplicas, la cocinera y el lacayo que acechaban por un ventanillo de la cocina, cambiaron una estrepitosa carcajada que vino á herir el oído finísimo de la criolla que adivinó su significación.

Laura, que habia tenido valor para oponerse á las exigencias de Eloisa, para rehusar la protección del duque, y hasta para amargar mas y mas la tristísima posición de su padre, cayó desplomada en el fondo de su volante, devorando en silencio sus lágrimas y su vergüenza.

Cuando llegó á su casa era ya de noche, pero ninguna observacion hizo la señora de Palmerolles que parecia mas contenta que de costumbre.

El rostro del enfermo espresaba tambien una alegría que rara vez iluminaba sus severas y tranquilas facciones.

—¿Qué sucede? preguntó maquinalmente Laura, procurando disimular su disgusto.

—Ay! hija mia querida! una gran noticia.... una gran felicidad.... tu padre se cura....

—Se cura!.... exclamó Laura lanzándose hacia el lecho de su padre; justicia de Dios!

—Sí, hija mia. Dios se ha apiadado de nosotros, pero necesitamos de tí ahora mas que nunca.... y ¿quién sabe si estarás ya cansada de humillaciones? exclamó Palmerolles cubriendo su frente de besos.

—Esplicaos, padre mio.... balbuceó Laura echando los brazos al cuello de su padre.

—Te acuerdas de aquel célebre médico catalan que tan milagrosas curaciones ha hecho en la Habana?

—Sí.... sí....

—Pues bien; esta noche habrá salido para España; ha querido abrazarme antes de partir, y me ha jurado por la Virgen de Monserrat, nuestra santa patrona, que tiene una fé ciega en que las aguas de Granollers me devolverán la salud.

—Pero despues de la Virgen, añadió conmovida la pobre madre, eres tú sola la que puedes hacer el milagro.

—Yo! exclamó aterrada Laura recordando su despedida de casa del duque.

—Sí, tú, hija mia; se aventuró á decir el enfermo sin soltar la mano de su hija, porque nuestro amigo nos ha prometido grátiis la entrada en el establecimiento que va á dirigir; pero siempre necesitamos algunos miles para el viaje á España.

—Y luego, como tú eres todo lo que quieras en la casa del duque, añadió entusiasmada la madre, el señor que es una buena alma caritativa, no te negará un adelanto sobre mis pendientes de diamantes y el reloj de plata, y los cubiertos aunque muy usados ya, y mi tirana.... (1).

Laura se sonrió con amargura: todos aquellos objetos no valian mas que unos cuantos pessos fuertes.

—¡Ay! hija de mi alma! prosiguió la pobre madre con acento suplicante, yo bien sé que todo eso vale muy poco en comparacion de lo

que necesitemos para el viage, pero la señorita Eloisa te quiere muchísimo... vé; dila que tu padre está loco de alegría solo con la esperanza de respirar el aire del país natal; que nosotros hipotecamos al Duque el viñuelo que poseemos en la falda del Monserrat para indemnizarle, al menos en parte, de la cantidad que tenga la caridad de prestarnos; ¡pero nó!... no querrá!.... Dile que le cedemos desde ahora ese terreno que era el último resto de mi fortuna de otros días;... sí; le cedemos en venta formal.... porque ¿á qué habíamos nosotros de volver jamás á esta maldita isla?

Laura pensó en Colibrí, en Eloisa, en el duque, y sobre todo en su padre; en su padre cuyo silencio decia mucho mas que la inesperada elocuencia de su pobre madre, y sintió que las fuerzas la abandonaban y que su lengua pegada al paladar no podia producir sonido alguno.

—¡Cataluña! la hermosa Cataluña! ¡ah! el aire que baja de sus montañas me devolveria la salud!... pero... cúmplase la voluntad de Dios! exclamó Palmerolles soltando la mano de su hija y clavando en el cielo una mirada de desesperacion.

—¡Laura! exclamó la pobre madre soltando el cuello de su hija y cayendo de rodillas á sus pies, hija mia! hija mia! mírale!

Palmerolles agitado por una violenta convulsion, trataba en vano de contener las lágrimas que brotaban de sus ojos; ¡pobre ciego que habia soñado recobrar la luz y se despertaba en la horrible realidad de su eterna tiniebla.

—¡Padre! exclamó Laura bebiendo aquellas lágrimas amargas y sobreponiéndose á su dolor profundo como el mar, os han prometido la salud; y hasta la última gota de mi sangre verteré gustosa porque la recobreis.... ánimo, padre mio!... mañana, mañana mismo iré á postrarme á los pies del duque y de su hija para obtener lo que deseais.... creo que iremos pronto á España, porque Dios me protegerá.... me dará fuerzas, bendecirá mi trabajo.... ¿no es verdad?

La Sra. de Palmerolles se arrojó de nuevo al cuello de su hija, llenándola de bendiciones, de besos y de lágrimas.

El enfermo, loco de alegría, besaba con entusiasmo una de las manos de su hija, reia, lloraba y repetia con voz entrecortada:

—Bendita! bendita! bendita!

Cuando Laura se encontró sola, cuando la madre se hubo dormido bendiciendo á su hija, la pobre niña presa de una angustia cruel se dejó caer de rodillas delante de la virgen que santificaba la cabecera de su lecho, rogándole

(1) *Tirana*, antiguo collar de aljófar por lo regular muy historiado.

que la diese valor para llevar á cabo su santa empresa.

Laura entonces repasó en su memoria todos los acontecimientos de aquel día terrible, pensó en el retrato de Eloisa, en aquella perfección del arte, en las galantes ofertas del duque, y sobre todo en aquella carcajada de la cocinera y del lacayo, y "se puso á sudar sangre y agua como Cristo en la montaña á vista de su cáliz."

—Y qué importan, murmuró al fin la pobre niña levantando al cielo sus ojos llenos de lágrimas, las amarguras, los pesares, los desprecios que me están reservados en esta tierra de dolores? Dios está allí, grande, eterno, misericordioso. (1) ¡Cuánto mas vale la luz eterna que la luz de un día!"

A la mañana siguiente cuando la señora de Palmerolles salió de su alcoba al rayar el alba, tropezó con Laura que se habia quedado dormida sobre los almohadones de su reclinatorio.

III.

UNA CABAÑA DE CIMARRONES.

"Si quieres ver mi cabaña
Dó está toda mi campaña,
Es la mas alta y estraña
Que hay en todo este lugar."

(ROMANCERO).

¿Qué habia sido en tanto de María Francisca?

La pobre guagira, sentada tristemente en el dintel de su puerta, ora acurrucada en el rincón de su hogar solitario, pasó dos días mortales, pues no podia concebir la vida sin Colibrí.

Y á la verdad; qué es la vida en la fria ancianidad si nos falta el calor de los corazones que nos aman?

María Francisca que pasaba los días llorando y las noches en oración, no pudo soportar por mas tiempo su amarga soledad, y se dispuso á ir á la cabaña de cimarrones á reunirse con su hijo.

Apenas habia andado cien pasos, distinguió á lo lejos un arrogante ginete, cuyo caballo negro estaba cubierto de flecos y lazos de color de púrpura.

María Francisca palideció; el caballo era Teler, el mismo Teler al que cuidaba todos los días con tanto esmero, pero no era su hijo el que espoleaba al fogoso animal que tascaba el

freno con impaciencia como si desconociese la mano que le guiaba.

—¡Mi hijo! mi hijo! donde está? exclamó la guagira precipitándose al encuentro de Ascanio.

—Vamos, madre Francisca, dijo cariñosamente el mulato, refrenando su caballo y poniéndole al paso, vamos á la cabaña donde me dareis unas cuantas bananas fritas; ¿no es verdad?

—¿Y mi hijo? ¿y mi guagirito? repetia la pobre nodriza volviéndose á mirar á lo largo del camino; ¿no es verdad que vá á salir con su guitarra de entre los cocoteros del bosquecillo? Sí... sí... señor Ascanio... no volvais el rostro... habeis querido darme una sorpresa y os lo adiviné, porque le amo mas que á las niñas de mis ojos... ¡Chist! añadió María Francisca parándose á escuchar, me parece oír su voz á lo lejos, hácia el lado de la cabaña... vamos, vamos.

Y la nodriza seguia el paso del caballo con una agilidad sorprendente, en tanto que Ascanio sombrío y taciturno guardaba un extraño silencio que no dejaba de inquietar á la guagira.

El mulato no sabia en verdad que decir ¿cómo arrancar de repente á la pobre madre toda su felicidad y tal vez su existencia que se alimentaba únicamente de la vida de su hijo?

Ascanio llegó á la cabaña inquieto, desazonado, ansiando desembarazarse de su enojoso mensaje, que presentia iba á provocar una tremenda revolucion en el organismo de aquella infeliz.

El mulato condujo á Teler á su caballeriza, que como todas las de los guagiros no era mas que una cabaña abierta por todos lados situada enfrente de la habitacion, y entró en la sala que ocupaba Colibrí.

La estera fina estaba todavia estendida en el suelo, y las avejillas que habitaban en los nidos que colgaban del techo saludaron al nuevo huésped con sus alegres cánticos, como si fuese su antiguo amo.

Ascanio balbuceó algunas palabras para prevenir á María Francisca, pero la guagira clavó en él sus ojos centelleantes en los que brillaba una penosa inquietud y el mulato no tuvo ánimo para proseguir.

Viéndose en la precision de responder á la pobre madre que le hacia cien preguntas á la vez sin aguardar respuesta, Ascanio sacó la carta que José Andrés habia dejado escrita para su nodriza, y leyó en voz alta é inteligible:

"Mamita, adios, adios para siempre; tu hijo te abandona porque Dios lo ha dispuesto así... pero no llores, mamita Francisca.... tú,

(1) Diaz.

que tanto me amas, no querrás que yo muera de pesar en la isla; pero no puedo encontrar en ella la felicidad y voy á buscarla lejos, muy lejos.

—Dios velará por tí.... yo te dejo todos mis bienes para que estés á cubierto de las necesidades.... vive para rogar al cielo por mí, para cuidar las avejillas que velaban mi sueño; yo te las recomiendo con todo mi corazón. Aliméntalas con la maloja (1) y las legumbres para que no conozcan mi ausencia. ¡Pobres y cándidas amigas que me anunciaban con su canto la venida del día.

—Adios, mamita, adios, otra vez. Si la suerte es amarga, mis ojos no te volverán á ver en esta tierra de espiación; pero si el Dios de los buenos ha dispuesto que yo encuentre la dicha.... ¡vive, mamita, vive para que te estreche otra vez entre mis brazos, para que mis manos cierren tus ojos cuando vayas á dormir el sueño de la eternidad.—*Colibrí.*"

La guagira, que habia escuchado con la mayor atencion la lectura clara y acentuada de Ascanio, no pudo hablar una palabra, no pudo exhalar un grito que revelase su amarga pesadumbre.

Inmóvil, muda, permaneció largo tiempo insensible como una estatua, y habian ya pasado algunos minutos en silencio, cuando la pobre madre, fijos los ojos en el mulato, aguardaba todavía con dolorosa ansiedad á que aquel continuase leyendo.

—Y.... nada mas, dijo al fin Ascanio procurando sacarla de su letargo; este pliego contiene la cesion que Pepe os hace de todos sus bienes.... es una dejacion en toda forma.

—No los necesito.... respondió al fin la nodriza con acento sombrío; ¿qué es para mí la vida sin Colibrí? Ah! Sr. Ascanio! mi hijo me abandona y quereis que viva?

—Madre Francisca, le dijo Ascanio compadecido de su amargo dolor, veníos conmigo.... Pepe os manda vivir para cuidar sus avejillas que sin vos se morirían de hambre.... os manda vivir para volverle á ver.

La guagira meneó tristemente la cabeza.

—Sí, le vereis.... le veremos todos, añadió Ascanio con acento de conviccion, venid; allá abajo oculta entre las espesuras del bosque está mi cabaña.... allí encontrareis una negrita jóven y hermosa como vuestro hijo.... esa niña os hará mas llevadera la vida, porque es un ángel.... un ángel solitario, porque mis compañeros la han encontrado abandonada en el

campo y la han criado en la cabaña como una hija.

—Y las avejillas? preguntó la guagira volviendo los ojos hácia los nidos que colgaban de los bambúes.

—Las dejaremos en el suelo la maloja y el agua fresca, madrecita, y dentro de dos dias vendreis vos misma con la negrita para renovar las provisiones.

María Francisca, dominada por el simpático acento del mulato, asó entre la ceniza algunas bananas, esparció en el suelo la maloja y las legumbres, y despues de colocar en el centro de la salita un tazon de loza blanca lleno de agua, partió en compañía de Ascanio, no sin besar antes cariñosamente la estera en que dormia su hijo.

Al salir por la puerta de la cabaña, María Francisca se deshacia en lágrimas; pero sin embargo siguió al cimarron que la colocó á la grupa de su caballo, desapareciendo muy pronto por entre los bosques y cañaverales que bordaban el camino.

María Francisca, aunque mas serena en la apariencia, estaba poseida de una desesperacion profunda. Si hubiera dormido sola en la cabaña aquella triste noche, hubiera sido sin duda la última de su vida.

Al llegar á la cabaña de cimarrones halló toda la familia colocada en derredor del hogar, sobre cuya ceniza se veian algunas bananas. Una negra anciana y descarnada ocupaba el sitio mas cercano al fuego como si quisiese reanimar su sangre helada ya por el frio de los años. A su lado la negrita Effie alegre y retozona como una chotilla, tejia cuerdas de majagua. Un negro de alguna edad, marido de la anciana, dormia profundamente cerca del hogar custodiado por un enorme mastin, obligado de todas las cabañas de cimarrones.

Zafiro, el gallardo Zafiro que sentado mas cerca de la puerta tenia los ojos fijos en el camino, se arrojó al instante á cojer la brida del caballo de Ascanio con un afecto casi filial.

Ascanio dejó la brida en manos del jóven cimarron, y recomendó á las dos negras la pobre guagira que hacia vanos esfuerzos por ocultar el dolor que la dominaba.

Las dos negras la prodigaron toda clase de cuidados, y conociendo que la pobre mujer no podria dormir, Ascanio hizo acostar á su lado á la jóven Effie (1).

En efecto, la María Francisca no pudo cerrar los ojos: desde el dia en que habia quedado viuda no recordaba haber pasado una noche mas cruel.

(1) Maloja, grano que sirve de alimento á las bestias y á un gran número de aves.

(1) Effie, Eufemia.

Abandonada por Colibrí, reconcentraba todo su cariño en todo lo que le había pertenecido; amaba la estera en que su hijo dormía un breve sueño, la mesita de pino, y sobre todo las avecillas que anidaban en los bambúes, y que el pobre le dejaba tan especialmente recomendadas.

Apenas la aurora iluminó con su rosada luz las habitaciones de la cabaña, María Francisca se levantó y se hincó de rodillas hacia el oriente por donde iba á lucir el nuevo sol.

Cristiana, sencilla y entusiasta, la guagira participaba en cierto modo de la poesía que rebotaba en el alma de su hijo, y como él, rendía una especie de culto al astro del día, una de las obras mas magníficas del Criador, y que Colibrí la había enseñado á mirar como el ojo esplendente de la divinidad.

Después de haber levantado su corazón á Dios, María Francisca examinó con tristeza todos los objetos que la rodeaban.

Había allí cariño, compasión hacia una pobre nodriza viuda y sola, pero su corazón lastimado no podía alimentarse mas que con sus propios recuerdos.

En vano buscaron sus ojos la estera y la mesita de pino donde el poeta creaba y escribía sus poemas; el canto monótono de los cimarones no despertaba en su corazón entusiasmo alguno. Las avecillas que cantaban en la cabaña no halagaban su oído como las que Colibrí había alimentado por su mano; en una palabra, el aliento de su hijo no había perfumado aquella morada.

Prendada la guagira de la negrita Effie, cuyo carácter jovial y gracioso le captaba todas las simpatías, suplicó á Ascanio que se la cediese, permitiéndole volver aquel mismo día á su cabaña de la que no podía vivir ausente.

Al oír que se trataba de llevarse á Effie, alzóse en la cabaña un grito unánime de reprobación; todos amaban á la graciosa negrita que alegraba la casa con sus inocentes travesuras.

María Francisca suplicó entonces á Ascanio que pasase á habitar su cabaña durante la ausencia de José Andrés.

Ascanio se sonrió; aquella pobre mujer no podía adivinar los cálculos de aquel espíritu altivo é indomable como Luzbel.

Precisamente se ocupaba entonces Ascanio de buscar el cajero que debía reemplazar á Palmerolles.

—María, dijo á la guagira con un acento dulce que formaba un peregrino contraste con la severa expresión de su rostro; yo os agradezco con todo mi corazón vuestro buen deseo.... idos en paz, pobre madre, llevaos á Effie para

ENERO.

consolar vuestra soledad... ¡Oh! añadió pasando su bronceada mano por los rizados cabellos de la niña, os lleváis la alegría de la cabaña, madre Francisca.... pero no importa.... vos seáis feliz y esta pobre niña lo será también.... yo.... soy su único apoyo sobre la tierra y... ¿quién sabe adonde veré mi último sol? ¡velad por ella madre!

El mulato calló, su frente se oscurecía más y mas, y su rostro revelaba una inquietud punzante y dolorosa.

—No tengáis pena ninguna por esta niña, señor Ascanio, repetía la guagira abrazando á Effie que contra lo que todos esperaban saltaba de alegría; esta niña reemplazará desde hoy á mi pobre hijo, y no saldrá nunca de mi cabaña... os lo juro; pobre niña mía!

Ascanio miraba con envidia á la nodriza que tan sencillamente demostraba su cariño.

Zafiro estaba allí, hermoso, gallardo, apasionado, Zafiro que lo llenaba de orgullo, que le tenía fascinado, y sin embargo el mulato se hubiera creído degradado si se hubiere permitido abrazarle á la luz del día.

Los negros lloraban al ver partir á Effie.

La niña los abrazó á todos con una ingenuidad encantadora; luego arrodillándose á los pies de Ascanio:

—La bendición, mi amo, dijo con una voz suave y cadenciosa que conmovió dulcemente el alma del mulato.

—Yo te bendigo, Effie, hija de los campos; dijo aquel con solemnidad colocando su mano sobre la cabeza de la niña.

—Dios sea contigo.... y conmigo! añadió exhalando un suspiro que tenía mucho de remordimiento.

La negrita se levantó, besó sonriendo la mano de su amo y le ofreció venirle á ver todas las semanas.

Ascanio prometió á su vez á María Francisca ir á su cabaña con frecuencia.

Así lo había prometido á José Andrés.

Luego que la nodriza acompañada de Effie emprendió á pie el camino de su cabaña, Ascanio hizo llamar á Zafiro para que ensillase dos caballos.

A los pocos minutos el joven negro trajo de la brida á los dos hermosos corceles y los presentó á Ascanio.

—Sube, le dijo el mulato presentándole el mas arrogante de los dos.

Zafiro montó en él y siguió á la par con Ascanio el camino de la Habana.

Al cabo de media hora atravesaron un bosquecillo gracioso como un oasis.

—Baja, dijo Ascanio á Zafiro con voz conmovida.

El joven se apeó casi al mismo tiempo que Ascanio.

—Hijo mío! exclamó el mulato estrechándole contra su corazón; no puedo ya contener este secreto que me ahoga.... yo necesito amarte.... no.... no basta que yo te ame.... necesito decírtelo.... necesito embriagarme de placer estrechándote contra mi corazón y repitiéndote.... mi hijo; hijo mío!

—Mi padre! exclamó Zafiro cayendo de rodillas á sus pies; oh! mi corazón os conocía hace ya muchos años.

—Sí; mi hijo! repetía el mulato con entusiasmo abrazándole una y mil veces; por tí, por tu prometida esposa, he cortado la mano que me alimentaba; por tí soy ambicioso; por tí he jurado arrancar á los blancos sus tesoros.... tú serás un día el heredero de Chateaufort....

—Yo! exclamó sencillamente Zafiro.

—Sí! tú! el hijo de la mas hermosa mujer de color que ha brillado en la Martinica: óyeme, añadió pasando su robusto brazo en derredor del cuello de Zafiro y cambiando de repente su alegría en una tristeza profunda: yo era joven.... muy hermoso tal vez entre los de mi raza; servía entonces entre los esclavos de un propietario de los mas ricos de aquel país. Las negras de Vald'or, eran las mas gallardas que han salido de la costa de Africa.

El amo era un solteron ambicioso, lascivo y entregado á toda clase de vicios.

Entre las esclavas habia una hermosa y delicada criatura, sensible como tu María de Jesus.

Effie me amó, porque los dos habíamos nacido para amarnos; pero nuestro amor era un secreto que amenazaba la existencia de ambos.

El amo habia puesto los ojos en la esclava que hasta entonces habia resistido á todos los medios de seducción.

Effie empezó á ponerse triste; sus ojos aparecian siempre llenos de lágrimas, pero en vano trató el amo de indagar la causa de su tristeza. Effie guardó silencio hasta con su mayor amiga Marion.

Una noche en que la naturaleza gemia azotada por uno de esos terribles huracanes tan comunes en la Martinica, Effie te dió á luz, sofocando la infeliz sus lágrimas y comprimiendo su dolor para no comprometer tu existencia y la mia á la vez.

La pobre madre todo lo temia por nosotros, nada por ella.

Marion á quien Effie se vió precisada á llamar, se encargó de llevar el niño á una hora del ingenio, dejándole en poder de una nodriza que yo tenia buscada de antemano.

Mis labios no pueden expresar toda la alegría que inundó mi alma cuando te ví por la primera vez. Eras tan hermoso! tan perfectamente formado.... como tu madre.

Una tradicion singular ha hecho creer en el país que los hijos de negra y mulato son de un color cobrizo salpicado de manchas blancas que forman un contraste horrible. Tu cutis era sin embargo bronceado, fino, unido como el raso, un reflejo, una miniatura de Effie, y como ella gracioso y dulce á la par.

Tres años resistió Effie las proposiciones del plantador, y tres años tuve la dicha de verte cada dos dias, sin que Marion pudiese adivinar siquiera quien fuese el padre de aquel niño. He dicho antes que Effie, por nada del mundo hubiera comprometido mi existencia.

Al cabo de aquel tiempo el plantador cansado de inútiles asechanzas, ideó sitiar la plaza de otro modo y ganó á Marion.

Marion desempeñó su encargo con esa maestría que las negras poseen en semejantes casos, pero Effie rechazó con horror aquellas proposiciones, y prohibió á la negra toda tentativa sobre el asunto.

La imprudente niña hizo mas aun: cometió el extravío, el terrible extravío de reñir con Marion, y la despidió empleando en su lenguaje bastante dureza.

Aquella misma noche fué delatada Effie á su amo y declarada la existencia de un niño de tres años.

Por una de esas casualidades inesplicables que Dios permite con tanta frecuencia pude oír la infame delacion de la tercera, y ya que no me era posible penetrar entonces hasta Effie, que Marion habia dejado encerrada en un cuarto sin salida, salté con riesgo de mi vida las tapias del jardín y volé á salvar á mi hijo.

Sin darle tiempo siquiera á preguntarme el motivo de aquella huida, busqué á costa de algunos pesos fuertes dos caballos y conduje á la nodriza y al niño al puerto, que solo distaba una hora, dejándolos depositados en un buque español al que no podian llegar las pesquisas del propietario.

El capitán supo valerse de la ocasion y exigió en pago de su secreto que los tres nos entregásemos como esclavos suyos.

Yo no podia disponer de la pobre nodriza que temblaba como una caña, y no se atrevia á volver á su casa, pero en cuanto á mí y á mi hijo consentí en todo lo que quiso. Luego sin perder tiempo volví al ingenio para no desperdiciar sospechas y velar si era posible por la pobre Effie.

Cuando volví, nadie se habia apercibido de

mi partida. El ingenio todo estaba en revolucion; los negros lloraban y se entregaban á las mas exageradas demostraciones de dolor, porque todos amaban tiernamente á la pobre Effie.

El plantador habia salido de madrugada con una cuadrilla de esclavos para apoderarse de la nodriza y del niño, pero la cabaña estaba ya vacía.

En vano recorrí bramando de ira todas las cercanías de la cabaña, nuestro viage se habia efectuado en el silencio de la noche, y un hermano de la nodriza el único confidente de este secreto.

Este que era un negro libre que negociaba en contrabando, no debia volver en mas de un mes á la comarca.

Cuando el amo volvió al ingenio era yo el esclavo que mas trabajaba; mi corazon, sin embargo, estaba hecho pedazos pensando en la pobre Effie.

El amo volvió furioso como un tigre. Effie fué sacada arrastrando de su cuarto, apaleada, azotada, martirizada en el departamento de las esclavas que se cubrian el rostro é imploraban en vano su perdon.

Nadie podia defender á la desgraciada. Allí no habia mas hombre que el amo, con su sonrisa de Jackul, el capataz y los cuatro esclavos que sujetaban la victima.

En vano traté de adquirir noticias de la pobre Effie; el plantador habia prohibido á las esclavas hablar una sola palabra acerca del castigo.

Aquel silencio era para mí mas terrible que la misma realidad. Al fin, al cabo de dos dias, las esclavas pudieron llorar libremente y disipar mis dudas. Effie habia dejado de existir.

No sé lo que pasó entonces por mí; hube de volverme loco... apenas tendió la noche su tenebroso manto volé al puerto para saber el dia en que debíamos partir: todavía faltaban tres dias.

Tu vista hizo brotar de mis ojos las mas amargas lágrimas que habia derramado en mi vida. Tú, pobre huérfano, esclavo desde la cuna, esclavizado por el mismo que te dió el ser, jugabas y reias con los marineros españoles como la criatura mas feliz.

La pobre nodriza se habia captado con su dulzura las simpatías del capitan que tenia con ella las mayores consideraciones.

En aquellos terribles dias que faltaban para darnos á la vela, no hubo un esclavo en el ingenio mas sumiso, mas irreprochable que yo.

Mi organizacion de hierro lo podia todo; casi trastornado por el dolor ardiendo en sed de venganza, yo trabajaba, me sonreia, y prodi-

gaba al amo los mismos cuidados y deferencias mas humillantes.

Cuando entraba ó salia, yo era el primero que corria á tomar su baston y su sombrero, subiendo tras él hasta su cuarto.

Llegó por fin el dia en que nos habiamos de dar á la vela, y en aquel dia apenas me separé de mi amo que empezaba á cobrarme cariño.

A la media noche, salí del ingenio latiendo-me el corazon de placer. En aquel momento acababa de vengar á Effie.

Apenas llegué al buque nos dimos á la vela para la Habana, donde poco despues de haber llegado supe por un buque francés que venia de la Martinica, que el propietario Vald'or habia muerto envenenado al dia siguiente de mi partida, y que se acusaba á un esclavo que habia desaparecido la misma noche.

Habia muerto lo mismo que Chateau-fort, víctima del terrible veneno vegetal que los negros usan con frecuencia para asesinar á los compradores de esclavos en la costa de Africa.

El mulato soltó el brazo que rodeaba el cuello de Zafiro, é inclinó la cabeza sobre el pecho, murmurando una serie de imprecaciones á cual mas terribles. El recuerdo de Effie le volvía loco.

Zafiro lloraba tambien.

Ascanio le abrazó de nuevo contemplándole con orgullo; era tan gallardo! tan dulce! tan valiente!

—Luego, continuó Ascanio ansiando concluir aquel tristísimo relato, el capitan nos vendió á Chateau-fort: la nodriza entró tambien en el ingenio como costurera, donde murió pocos años despues. Bien fuese el recuerdo de lo que me habia pasado en la Martinica, ó no sé qué recelo acaso infundado, jamás me atreví á confesar que eras mi hijo; el mismo Chateau-fort te creia hijo de la pobre nodriza.

Lo demás, lo sabes tú... en cuanto á la niña Effie, es una inocente criatura que esos pobres cimarrones hallaron en el campo hace algunos años, y que acogieron cariñosamente en su alegre cabaña.

Condolido de su abandono y de la dureza con que de vez en cuando la trataban, adopté á esa bellísima criatura que bauticé con el nombre de tu madre.

Pobre Effie! cuando la recogieron no supo decir como se llamaba.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REVISTA DE MADRID.

MES DE DICIEMBRE.

SUMARIO.—Muerte de un poeta.—Teatros.—Donativos regios.—Templo á la Concepcion.—Bodas.—Fiesta del Sr. Salamanca.

De una manera harto sensible tengo que empezar esta revista, mis amadas lectoras, aunque siguiendo mi costumbre y mi inclinacion, quiero omitir, al hablaros de una verdadera desgracia, toda clase de exclamaciones campanudas, y deciros sencillamente que el jóven escritor y poeta Agustin Bonnat ha fallecido el dia 27 de Noviembre despues de una larga y penosa enfermedad del pecho á la corta edad de 27 años.

De un sentidísimo artículo necrológico; debido á la gallarda y hermosa pluma del señor Alarcon, voy á copiar algunas ligeras noticias biográficas de aquel malogrado jóven.

"Agustin Bonnat nació en Madrid el dia 29 de Diciembre de 1831.—Desde los doce á los diez y seis años estudió en un colegio de Francia, á lo que debió que el idioma francés le fuese tan familiar como el español.—Cursó la jurisprudencia en Madrid, dedicándose á la pintura en sus ratos de ocio y denotando muy felices disposiciones en tan difícil arte.—Sabia las literaturas latina y española mas profundamente que hoy se acostumbra.—Era portentosa su erudicion en los escritores modernos franceses, ingleses, italianos y alemanes.—Su novelista favorito fué siempre Alfonso Karr, á quien imitó algunas veces con felicísimo éxito, y su poeta querido, Henrique Heine de quien tradujo varias baladas y leyendas.—Escribió y publicó algunas obras que han obtenido muchos y merecidos elogios; hizo una magnífica traduccion del famoso libro de Eugeno Pelletan *Profesion de fé del siglo XIX*, dejando algunas bellas poesias en varios albums y periódicos.—Agustin Bonnat era uno de los escritores mas fáciles y espontáneos de la nueva generacion: hablaba como pensaba y como hablaba escribia.—Amable, fino, impresionable, tierno y profundo para con su familia y amigos; de porte elegante; honrado y arregladísimo en sus costumbres; Agustin Bonnat era simpático á cuantos le conocian y muy querido de los que le trataban."

Hata aquí el señor Alarcon; y como no es posible hablar del jóven poeta de un modo mas sencillo, tierno y verídico, solo añadiré que la muerte de Agustin Bonnat ha sido generalmente sentida, como lo es siempre la de todas aquellas personas que adunan al fuego de la

imaginacion las bellas cualidades del carácter.

Pero ocupémonos ahora de teatros.

A principios de mes ofrecieron alguna animacion, pero despues han estado entreteniendo al público con obras del antiguo repertorio, y entreteniéndose con los ensayos de las que preparan para las fiestas de Navidad, anunciadas desde hace quince dias por las chicharras, tambores y cantares de los muchachos de esta coronada villa.

En el Circo se ha estrenado un drama del señor Larra, titulado *La oracion de la tarde*: contra la opinion general daré la mia, aunque sea sobrada arrogancia: todos los periódicos de la corte le han aplaudido de consuno; pero, en mi humilde juicio, la versificacion está bastante descuidada y el argumento es pobre, lánguido, soporífero é inverosímil: hay en él un anciano que odia á una pobre jóven porque es fruto de una falta de su esposa y que, no obstante, la alberga en su casa para mortificarla cuando, á mi parecer, hubiera sido mucho mas generoso encerrarla en un convento; y hay, en fin, alternativas de odio y de cariño, y luchas injustificadas.

Este drama, sin embargo, ha suscitado una disputa entre su autor y el señor Eserich, autor de otro drama titulado *El cura de aldea*: dícese que la *Oracion de la tarde* está tomada de aquel, y para dilucidar esta cuestion se reunió un comité de escritores há pocos dias en casa del distinguido poeta D. Eulogio Florentino Sanz; pero el comité nada ha resuelto por no haber acudido á la reunion una de las partes contrincantes y carecer de los datos y antecedentes necesarios.

Hay quien asegura haber leído un drama francés, basado en el mismo pensamiento de las dos citadas obras. Si esto fuera cierto, ¡qué vergüenza!

En el Príncipe se puso en escena el dia 14 un drama con el título de *Odio de raza*, el cual llevó la silba mas completa que se ha oido desde hace mucho tiempo. Séale la tierra ligera y vayan aprendiendo las empresas á no admitir monstruosas creaciones de allende el Pirineo, cuando cada dia brotan nuevas y mas hermosas obras de nuestros jóvenes poetas.

Y á la verdad que hay uno que está de enhorabuena: el inspirado y laborioso escritor D. Luis Eguilaz á quien S. M. la Reina ha concedido la encomienda de Carlos III para premiar el mérito de su magnífico drama *Las querellas del rey Sabio*: nuestra literatura debe estar reconocida á nuestra amada soberana por la proteccion que le dispensa, y al señor Eguilaz por haber sabido enaltecerla con una obra tan bella.

En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado en primer lugar un juguete lírico de los señores Pina y Oudrid titulado *El joven Virginio*: el público rió de muy buena gana y aplaudió mucho á la señorita Zamacois que está dotada de una gracia singular.

Signióse á esta zarzuela el *Dominó negro*: esta ópera cómica, conocida en nuestro teatro con el título de *La segunda Dama duende*, goza de una reputación europea, gracias á la preciosa música de Auber: sin embargo, en el teatro de Jovellanos solo obtuvo un éxito mediano, á causa sin duda de no ser muy buena la ejecución, esceptuando á la señora Santa María que cantó su papel con su acostumbrada maestría y arrancó entusiastas aplausos á pesar de la mala disposición del público.

Por último, se ha estrenado la zarzuela *El Juramento*, letra del señor Olona, música del señor Gaztambide: el éxito de esta obra, que ha de dar grandes productos á la empresa, ha sido muy lisonjero para sus autores.

Para beneficio del primer actor señor Delgado se ha puesto en escena en el teatro de Novedades un drama debido á la pluma del fecundo novelista Sr. Fernandez y Gonzalez, titulado: *Cid, Rodrigo de Vivar*, acerca del cual hay gran variedad de opiniones: la verdad es que ha alcanzado un éxito brillante y que lleva mucha gente al estraviado coliseo de la plaza de la Cebada.

He dejado para lo último el hablar del teatro Real porque tengo que hacerlo con algun detenimiento.

El día 7 se cantó por primera vez en este coliseo, centro de la aristocracia y del buen tono, el *Roberto el Diablo*: la ejecución fué tan desgraciada, que la notable partitura de Meyerbeer mereció la palma del martirio: por lo tanto, pasaré á hablaros de la *Favorita* en la cual hizo su primera salida el tenor Giuglini, que ha venido á sustituir á nuestro compatriota Carrion, quien ha salido para Turin despues de haber sido condecorado por S. M. la Reina con la cruz de Carlos III.

Giuglini tiene una dulce voz de pecho, si bien de poca estension: y como por mi parte no le he encontrado el mérito que le atribuyen, mejor que hablaros de él quiero contaros la historia que os ofrecí en mi última revista, y que oí referir en el regio coliseo con todos los detalles que yo necesitaba para dáosla á conocer.

Hallábanse en un palco principal tres hermanas que llaman mucho la atención en Madrid, y que son conocidas con el nombre de las *tres perlas*: las tres son bellas como el sueño

de un poeta, pero de una belleza muy diferente entre sí.

La mayor de las hermanas presenta en su rostro ovalado y trigueño, en sus ojos de fuego, en su elevada estatura y en sus esbeltas formas, el tipo griego en toda su perfección: apenas cuenta 22 años y ya sus facciones pintan una dulce melancolía.

La segunda no llega á 19: es blanca como el nácar y posee una de esas magníficas cabelleras doradas y sedosas, que es uno de los mayores encantos de las jóvenes inglesas: sus ojos son rasgados, azules y serenos como un día de primavera.

La tercera vá á cumplir ahora sus 16 abries: sus ojos lápiz-lazuli, sus cabellos castaños con reflejos dorados y brillantes, su boquita purpúrea de una delicadeza y perfección esquisita, y su estrecha frente, parecen robadas al rostro de una judía: á mi modo de ver, esta es la mas bella; pero la opinion general no sabe á cual de estas tres encantadoras hermanas dar la preferencia, y en la noche de que os hablo oí la siguiente conversacion que sostenian algunos caballeros en un palco situado al lado del mio.

—Ahí están las *tres perlas*, dijo al entrar uno de nuestros primeros escritores, joven gallardo y simpático, aunque original... en su modo de vestir.

—Es verdad, contestó el marqués de C... y luego añadió con amargura; es desgracia mia que las he de hallar en todas partes!

—Desgracia, querido? Llamas desgracia á ver siempre que sales á esas encantadoras criaturas? Yo lo llamaria fortuna. ¿No son extraordinariamente bellas?

—Demasiado, contestó el marqués con creciente desconsuelo.

—No parece sino que sientes que lo sean: como si la muger hermosa no fuese el encanto de los ojos del hombre.

—Es que, añadió un capitán de artillería que se encontraba en el palco, es que al marqués le ha sucedido una aventura poco agradable, si bien muy graciosa y original con las hermanas S....

—¿Que la cuente! gritaron todos.

—Sí, sí! Que la cuente!

—Pero, señores, vá á alzarse el telon, dijo el joven marqués cuya espresiva fisonomía se habia entristecido.

—¿Qué importa? todos nosotros estamos ya cansados de oír á la Giuglini; además, si hay alguno que aun guste de oirla, se suspenderá la narración hasta el próximo entreacto.

—Empiezo, pues, dijo el marqués sin hacerse mas de rogar.

Cada uno aproximó su silla al narrador, que empezó en estos términos:

—En el baile que á fines del invierno pasado dió la señora de M... el día de su cumpleaños, ví por primera vez á la mayor de las hermanas S.... que habia concurrido á él con su padre: las otras dos se habian quedado en casa por una leve indisposicion de su madre.

María, que este es su nombre, llevaba un sencillo vestido de crespon blanco con ramos de jazmines: sus negros cabellos estaban adornados con una rama de las mismas flores.

Sin embargo de tan hermoso adorno, María descollaba entre todas las mugeres del salon por su magestuosa belleza: sus grandes ojos negros tenian una hermosura arrebatadora, principalmente cuando los velaba entre sus largas pestañas de seda.

Dirigíme á ella, y la invité para un wals que ya preludiaba la orquesta: ella aceptó y enlazando mi brazo en derredor de su flexible talle, nos lanzamos entre el torbellino de parejas que daban vueltas por el salon.

Al concluir la conduje á su asiento y tomé uno desocupado que habia á su lado, declarándola con una timidez que nunca habia conocido en mí, la profunda impresion que sus gracias habian hecho en mi alma, y pidiéndola permiso para hacerme presentar en su casa al siguiente día.

María escuchó la declaracion de mi amor con una encantadora modestia, aunque tambien con una considerada complacencia: me dió gracias con dulce sonrisa por lo que llamaba mi galantería, y me concedió el permiso de hacerme presentar en su casa.

Aquella misma noche supe que el conde X... visitaba su casa; y antes de salir de la *soirée*, le obligué á que me diera palabra formal de presentarme al día siguiente en casa de la que ya ocupaba mi corazon.

¡Con qué emocion ví llegar la hora deseada! ¡Con qué palpitacion en el pecho me acerqué á su casa!

Entré, por fin, en el salon de su padre y lo primero que ví fué á María que ojeaba un album sentada junto á un velador: al verme se cubrieron sus mejillas de un delicioso carmin, y no bien hube saludado á sus padres, se volvió, tomó por la mano á una jóven que se hallaba detrás de ella, y me la presentó diciendo:

—Mi hermana Enriqueta.

Yo saludé: luego fijé mis ojos en la hermana de María, y ya no pude separarlos de su divina fisonomía. Maria, sus padres y el sitio donde estaba desaparecieron á mi vista.

María me habia subyugado con su espléndida hermosura.

Enriqueta me encantaba con su dulce y poética belleza, con sus azulados ojos, con sus rizos de oro puro.

A la perspicaz penetracion de María no se escapó lo que pasaba en mi alma, y sus ojos lanzaron relámpagos de ira, en tanto que una suave emocion agitaba el pecho de Enriqueta.

La familia S.... me manifestó que aquella noche concurría al teatro Real y el número de su palco, añadiendo el padre que esperaba le haria una visita: yo se lo ofrecí y me despedí echando á Enriqueta una mirada en la cual iba toda mi alma.

Por la noche volé al encuentro de Enriqueta, tomando asiento á su lado; pero su padre me cogió del brazo y me hizo notar una jovencita que estaba sentada junto á su esposa y en la cual no habia yo reparado.

—Presento á V., dijo, á la mas jóven de mis hijas; á mi querida Carlota.

La jóven saludó graciosamente y yo quedé convertido en estatua porque la belleza de sus dos hermanas me pareció poca cosa en comparacion de la suya, y olvidé completamente hasta que existian en la tierra.

Me senté detrás de Carlota y no perdoné medio de hacerla conocer todo el amor que me inspiraba.

Al oír esto todos los jóvenes soltaron una carcajada.

—Al día siguiente, continuó el marqués, volví á su casa; mas aunque estaban las tres hermanas reunidas, María volvió á fijar mi atencion.

Dos días despues y en una tertulia de confianza, deslicé un billete en su mano: solicitaba en él el permiso para pedirla á sus padres.

Mas al separarme de ella llevaba de nuevo en mi alma la imágen de Enriqueta.

Casi loco por tantas dudas, la escribí otro billete con la misma peticion que habia dirigido á su hermana y se lo entregué en su casa aquella misma tarde.

Por la noche llevaba otra carta igual para Carlota: las tres hermanas me habian trastornado la cabeza; á las tres amaba igualmente... no podia elegir... me moria de impaciencia, de vergüenza, de cólera contra mí mismo.

Entregué el tercer billete y esperé abrasado de febril ansiedad la primera respuesta, decidido á dejar á la suerte la eleccion de la que debia preferir para mi esposa.

Al vestirme la mañana siguiente me enseñó mi ayuda de cámara una carta que habia llegado por el correo interior, y que habia dejado sobre la chimenea.

La tomé con mano trémula porque ví era letra de muger, y leí con angustia lo siguiente:

"Señor marqués: renunciarnos generosamente á su triple amor, porque aunque nos amamos mucho, cada una desea para sí un solo corazón, puesto que cada una tiene el suyo completo."

Somos, marqués, sus buenas amigas—MARÍA S.—ENRIQUETA S.—CARLOTA S."

Una nueva y mas ruidosa carcajada de todos los jóvenes acompañó la conclusion de la historia.

—Y has vuelto por su casa? preguntó uno.

—No, contestó el marqués: ahora las aborrezco... las mataría!... Podía ser tan dichoso con cualquiera de las tres si las otras fuesen menos bellas!... Pero su maldita hermosura hace la infelicidad de muchos y hará la suya propia, porque sé que á todos les sucede lo que á mí: nadie sabe elegir entre esas tres deidades.

En aquel instante se alzó el telon y todos callaron fijando la vista en el palco escénico.

Pero ya es tiempo de que os hable de fiestas, lo cual es muy dificultoso por la rapidez con que se suceden unas á otras. Los domingos recibe la señora Condesa del Montijo, los lunes las señoras de Padilla y de Calderon de la Barca: los jueves se consagran á la música por la madre de la emperatriz Eugenia: los viernes son las agradables *soirées* musicales tambien de los señores de Ochoa, y el día de recepcion de la espiritual condesa de Galen.

Además en palacio hay este año mucha animacion y SS. MM. han solemnizado los natalicios de sus augustos hijos con actos de caridad y con diversiones llenas de munificencia.

A la suma de 16.000 duros ascienden las cantidades entregadas por nuestra soberana á los establecimientos de beneficencia, sin contar las muchas limosnas secretas con que SS. MM. han remediado graves y ocultas desgracias.

Aunque no hubo besamanos solemne el día 20, se celebró el cumpleaños de la bella Infanta de una manera digna de la acrisolada piedad de nuestros soberanos.

La Reina y su augusto esposo fueron aclamados en todo Madrid por el decreto que dispone la ereccion de un gran templo que, bajo el nombre glorioso de María en el misterio de su Concepcion Inmaculada, sirva de monumento que España eleve á su escelsa patrona y de iglesia mayor ó catedral el día en que se establezca en Madrid la silla sufragánea.

Voy á hablaros ahora de bodas.

El día 9 á las ocho de la noche se verificó en la camarería mayor de palacio el enlace del

señor Cayuela con la señorita Doña Carmen Breña: fueron padrinos, en nombre de S. M., la señora marquesa de Alcañices y el señor duque de Sexto: despues de terminada la ceremonia, los nuevos esposos pasaron á la Real cámara y tuvieron la honra de besar la mano á nuestros soberanos, segun es costumbre en casos análogos.

El 18 por la noche se enlazó tambien el oficial mayor secretario interno de la mayordomia de Palacio con la señorita Doña Trinidad Merry: fueron sus padrinos á nombre de SS. MM., los condes de Paredes de Nava.

Acabaré esta revista, que ya se hace demasiado larga, diciéndoos algo de la soberbia fiesta que ha dado el Sr. Salamanca en la noche del 16.

A las siete empezó la comida: durante ella, la orquesta del teatro Real tocó piezas escogidas: á las nueve comenzaron á llegar las personas convidadas al té y al concierto.

En este tomaron parte todos los artistas del régio coliseo, y no hay que decir que estuvo brillantísimo.

Esta fiesta, á la que en un principio se dió un carácter político, no lo tuvo y se redujo á una comida, un té y una *soirée* deliciosa.

PAMELA.

Miscelanea de economia, higiene y medicina domésticas.

En todos los cuadernos del mes consagraremos una seccion á esta interesante miscelánea, en la cual tendrán su lugar recetas curiosas referentes á la limpieza y tocador, advertencias útiles, instrucciones para la conservacion de los alimentos, remedios sencillos para algunas enfermedades comunes, un manual de cocina, y otras materias, en fin, cuya importancia y conveniencia podrán apreciar las madres de familia. Nosotros queremos que nuestro periódico una con lo agradable lo útil, y por eso procuramos que tenga de todo.

Modo de quitar las manchas de grasa de los libros.

Primero se calienta el papel manchado, se le aplica papel de añafea hasta que ya no se impregne de grasa. Se calienta el papel, y se le dá, por medio de un pincel, una capa de esencia de trementina muy pura, á la temperatura de ebullicion. Esta operacion se repite hasta que haya desaparecido toda la grasa. Para volver al papel su blancura y su finura, se le aplica con un pincel una capa de espíritu de vino muy rectificado. Con este procedimiento, sobre no alterarse la tinta cualquiera que sea su especie, desaparecen perfectamente las manchas de grasa.

Modo de quitar las manchas de grasa

Estas manchas se quitan con mucha facilidad en los tejidos de lino, cáñamo, algodón y lana, frotándolas con jabón, embebiéndolas de agua, dejándolas secar y lavándolas luego. También se emplea la esencia de trementina, en particular para la seda, con la precaución de frotar la mancha con un lienzo blanco hasta que la ropa esté seca. Usanse además la yema de huevo reciente y la hiel de buey. Es una condición precisa, úsese el método que se quiera, el lavar las manchas con agua fresca al último de la operación.

Modo de quitar las manchas de los vestidos.

Las manchas son grasientas, aceitosas ó resinosas, ó bien producidas por los ácidos, los álcalis, la orina, la tinta, la pez, el alquitran, el unto de rueda de carruaje, etc.

1.º Las manchas grasientas ó aceitosas se quitan, ya por medio del jabón, ya por el agua saturada de álcali, cuando se opera sobre ropas que pueden lavarse. Puede emplearse la hiel de buey de que usan los quitamanchas. La esencia de trementina y el éter pueden igualmente disolver las manchas grasientas de los libros y estampas. Las tierras absorbentes y aluminosas, como la tierra de bataneros ó arcilla, la greda, la creta, la cal apagada, etc., no presentan tantas ventajas.

2.º Las resinas y la cera se quitan fácilmente por medio del alcohol mas ó menos rectificado.

3.º Las manchas de ácido, enrojecen las mas de las veces los colores; y entonces ha de peinarse la ropa con cardenchas para arrancar los pelos descoloridos; el jabón y los álcalis raras veces vuelven los colores á su primitivo estado.

4.º Las manchas por los álcalis y la orina pueden quitarse por medio de los ácidos vegetales, el vinagre, el zumo de limón, los ácidos del tártaro y la sal de acederas.

5.º Las manchas de tinta de escribir sobre lienzo se quitan facilmente con la sal de acederas; bien que se quitan tambien con otras sustancias, tales como el ácido nítrico debilitado, el zumo de agráz, etc. La tinta de impresor, que es muy grasienta, se quita con jabón común ó jabón amoniacal, lavando despues la ropa.

6.º El orin se quita por medio de un hidro-sulfato de potasa ó disolución de hígado de azufre alcalino, lavando en seguida la mancha con mucha agua.

7.º La pez, el alquitran y las pinturas al óleo se quitan por medio del aceite volátil de trementina. El alcohol se emplea tambien para los primeros. El unto de carruaje y demás cuerpos grasientos análogos se quitan con la yema de huevo cocido, lavando y enjabonando despues la ropa manchada.

Modo de conservar los huevos.

Escójanse para esto vasos de mediana capacidad, por egemplo, que puedan contener de cuarenta á

sesenta huevos; pues si fueran de mayor dimension el peso de los huevos colocados en la parte superior, oprimiendo á los que se encontrarian en el fondo los chafarian y se tendria una pérdida de consideracion. Se hará agua de cal, echando poco á poco cien libras de agua sobre diez de cal, cuya mezcla se tendrá cuidado de desleir bien. Este agua se deja en reposo por espacio de algunas horas, y se trasega á otro vaso en el que se pondrán los huevos luego que hayan sido puestos, para que no pierdan su natural y primitiva frescura. Se tendrá de reserva en otro vaso agua de cal, para cuando sea necesario cubrir de dos ó tres pulgadas los huevos que se depositan cada dia. El vaso con los huevos se baja á una cueva para que esté habitualmente espuesto á una temperatura igual, cuidando al mismo tiempo de dejarlo bien tapado y cubierto, para impedir todo contacto inmediato con el aire. De esta manera se conservan frescos los huevos de un año para otro.

Es verdad que suelen emplearse otros métodos; pero este merece la preferencia en razon del feliz suceso que siempre ha coronado las repetidas experiencias que de él se han hecho.

Método para conservar frescas las flores.

Escójanse los capullos mas perfectos de las flores que han de conservarse, y córtense con unas tijeras dejando un pedúnculo de mas de tres pulgadas. Tállese luego herméticamente con lacre el extremo de este pedúnculo, y despues de haber comprimido un poco los capullos, y entreabierto con la uña sus puntas, envuélvense cada uno de por sí en un papel limpio y bien seco. De esta manera se conservarán un año entero.

Para hacer que se abran en invierno ó en otra cualquier estacion, se cortará por la tarde la estremidad del tallo en que se le ha puesto el lacre, y se mete en agua bien cargada de salitre ó sal; al dia siguiente aparecerán ya abiertas las flores, halagando igualmente la vista y el olfato con su frescura y perfume.

Modo de hacer el Mock ó sopa inglesa.

Córtese en dados una oreja de ternera ó cerdo, y se pone en una cazuela con manteca, unas setas secas bien pequeñas, toda clase de yerbas aromáticas, un ramillete guarnecido, sal y especias, sin olvidar la nuez moscada y abundancia de pimentón: se rehoga mucho, y luego se humedece con agua, sustancia y un poco de vino, zumo de limón, unas alondiguillas de ternera, yemas de huevo duro bien enteras y los sesos de la misma cabeza que se ha puesto, hechos trozos despues de cocidos y quitada la telilla que los cubre. Déjese cocer, y cuando esté en su punto se colará la salsa y se servirá el todo en tazas, haciendo que en cada una haya un poco de todo lo que se compone esta confortante sopa.

LA VERDAD Y LA MENTIRA.

ROMANCE.

DEDICADO A MI QUERIDO AMIGO
DON LEANDRO PEREZ COSTO.

¿Por qué mi corazón
con mi cabeza está
sin darse nunca tregua,
en lucha pertinaz?
Las ricas ilusiones
de mi primera edad,
mis mágicos ensueños
¿dónde fueron? ¿dónde están?
Cual nubes vaporosas
que el sol canicular
ó el viento en el espacio
desvaneciendo van,
y en mil sutiles átomos
allá en la inmensidad
se pierden á la vista
del misero mortal;
así vemos nosotros
en este inmenso mar
de lágrimas sin cuento
el alma zozobrar.

Alma que al hombre dirige
siempre en pos de lo ideal
porque procede del cielo
y al cielo quiere volar.

Alma pura, rica, hermosa,
terso y luciente cristal
que los hálitos del mundo
poco á poco empañarán.

El mundo...! cuando á él venimos
lo hacemos para llorar,
y sin embargo seduce
con su apariencia falaz.

Nuestra ardiente fantasía
nos lo hace todo mirar
cubierto de hermosas flores
y de pompa y magestad.

Dentro del pecho sentimos
el corazón palpar,
siempre de emociones ávido
y de dicha y de solaz.

Entonces, cual potro ardiente
que no puede sugetar
el freno, camina el hombre
con loca impetuosidad.

La senda del bien buscando
tal vez halla la del mal;
y feliz una y mil veces
si hasta el abismo no va!

¡Feliz si al mirar las nubes
que anuncian la tempestad
siente pavor en el alma
y el crimen horror le dá!

Ese crimen que atavia
con bellas galas Satán,
inoculando en el alma
una ambición infernal.

Una ambición que nos lleva
siempre de azar en azar,
ya gozando, ya sufriendo
en rudo y eterno afán.

Pasa la niñez volando
con su candor celestial;
la juventud con sus bríos
también se pasa fugaz;

Y aquel corazón que un tiempo
fervido, ardiente, capaz
de todo lo noble y grande,
palpitaba sin cesar,

Ya comprimido se siente
bajo ese peso fatal

ENERO.

de una experiencia sombría,
de un desengaño tenaz.

De la vida los arcanos
queremos profundizar
y á trueque de alguna ciencia
damos un mundo de paz.

Ciencia loca y pretenciosa;
fruto amargo que nos dá
mezclado continuamente
poco bien con mucho mal.

¡Y diz que los años traen
de la experiencia el caudal;
caudal que abruma la frente
y hace las canas brotar!

Entonces un paraíso
nos parece un erial,
buscando vamos mentiras
y hallamos la realidad.

El cóncavo azul del cielo
que supimos admirar
viene á ser para nosotros
espacio y humo no mas.

Las encantadas florestas
áspides solo nos dan
y espinas las bellas flores
que anhelamos marchitar.

La gloria que apetece
mucho cuesta y poco da,
si buscamos las virtudes
damos en un lodazal.

Amor nos hace traiciones;
es pérdida la amistad
y el placer dura un instante
que pasa siempre fugaz.

Y si el corazón pretende
otras venturas hallar
egoísta el pensamiento
le muestra la realidad.

Y es que en el mundo vivimos
para sufrir y llorar,
mientras el alma oprimida
busca inquieta un *mas allá*.

Por eso de continuo
en lucha pertinaz
mi corazón, mi mente,
batallan sin cesar.

El corazón inquieto
suspira con afán
los sueños recordando
de la primera edad.

Mas ¡ay! que el pensamiento
me dice: «loco estás»
y aquellas ilusiones
ya nunca volverán.

¡Funesta lucha eterna!
¡funesto batallar!
¡mentira seductora!
¡horrible realidad!

Dejadme, ¡oh! sí, dejadme!
que el alma viva en paz
mientras tendiendo el vuelo
hacia otra patria vá.

No mas dudas crueles
me acosen sin piedad,
romántico importuno
me dí á filosofar.

Si el mundo es una bola
que en vértigo infernal
está siempre rodando,
rodemos sin cesar:

Que vuele el pensamiento
sin ligaduras ya;
que el corazón no estalle
en lucha pertinaz.

Con fervido entusiasmo
le siento palpar;
si la mentira es bella
y horrible la verdad,
Mentidme, amor, virtudes;

mentidme dicha y paz;
volvedme los ensueños
de la primera edad.

La gloria...! yo la ansio;
amor...! yo quiero amar;
traidora ó consecuente
adoro en la amistad.

Yo anhelo de ese mundo
la dicha y el solaz:
si todo es un delirio
dejadme delirar.



ESCENAS DE LA VIDA.

I.

¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!
(QUINTANA.)

II.

UN AMANTE.

Gentil muger que adora
el alma entusiasmada,
muger encantadora,
querida y codiciada;
si de tus ojos bellos
los vívidos destellos
fijases hoy en mí;
si en vez de darme agravios
al cabo de tus lábios
oyese un dulce sí;
entonces, vida mía,
yo el alma te daría,
y esclavo entre cadenas
la sangre de mis venas
gustoso vertería.
Mitiga tus rigores;
tu amor mi vida es;
obliga tus favores
y muera yo después.

UN VIEJO MILLONARIO.

Niña bella entre las bellas
mucho mas pura y luciente
que las vívidas estrellas,
¿por qué esquivas mis querellas
y huyes de mí eternamente?

Mi cabellera nevada
poco grata te parece;
mas en cambio, niña amada,
tengo el alma enamorada
y el alma nunca envejece.

Ven aquí, ven por tu vida,
no me supongas tan viejo;
no por Dios, prenda querida.
y además... oye un consejo:

¿De qué sirve tu belleza
si pasa triste y oscura
ignorada en la pobreza...?

¿De qué sirve la hermosura
que ya á declinar empieza?

Ven conmigo y brillarás,
entre otros soles radiantes
donde admirada serás;
donde un palacio tendrás
y carrozas y diamantes.

Te envidiarán las mujeres;
los hombres de amor rendidos
irán do quier que tú fueres
y halagarán tus sentidos
embriagadores placeres.

No me esquives por favor,
niña bella, no me esquives,
y encontrarás con mi amor,

lejos del mundo en que vives,
un mundo mucho mejor.

UN LIBERTINO.

Bella muger para gozar nacida
deja tu eterno y áspero rigor;
vente conmigo á disfrutar la vida.
La vida es el amor.

En vano intentas apagar el brio
de tu ardiente lozana juventud.
No te condenes al eterno hastío
de una estéril virtud.

ELLA.

Corazon! corazon! ¿por qué palpitas?
¿por qué mi mente loca se embriaga?
¿por qué ¡oh razon á mi pesar te agitas?
¿por qué ese mundo sin cesar me
halaga?

Oscuro un tiempo amaba la pobreza
que ahora me causa confusion y enojos.
Del mundo ví la espléndida grandeza
y esa grandeza deslumbró mis ojos.

Dicen que amor al estender sus alas
nos brinda dichas y placer sin fin;
dicen que hermosa ostentaré mis galas
en bullicioso y mágico festín.

Pintura tan alegre y seductora,
me acaricia, me llena de embriaguez;
la fiebre ya mi corazon devora
y falta de valor pierdo mi fe.

Marchando voy en pos de la locura;
mis sueños son los sueños de Satán;
en vano quiero conservarme pura;
en vano intento dominar mi afán.

VARIOS AMANTES.

Tu rostro palidece;
tus ojos se anublaron;
tal vez, ¡muger, lloraron
de angustia y de dolor.

Oh! ven, ven con nosotros
y cese tu agonía;
gocemos noche y día
en brazos del amor.

UNA MADRE.

¡Hija querida del alma!
¿qué tienes...? ¿qué tienes...? di;
¿quien causa tu frenesí?
¿quien te ha robado la calma?

ELLA.

En calentura y vértigo
tendí los torpes brazos
y ya mi virtud cándida
por siempre al cielo huyó.

El mundo astuto y pérfido
tendiéndome rudos lazos
y voy con él frenética
de la mentira en pos.

III.

Mirad esa muger engalanada
que ricas joyas orgullosa ostenta
¿no os parece feliz y acariciada
por su fortuna pródiga, opulenta?
¿No la veis de grandeza rodeada,
que triunfos mil en su carrera cuenta,
cercada de placer y adoradores,
sembrando enojos y cogiendo amores...?
Pues vedla luego abandonada y triste,
pálida y mustia y pobre y abatida.

Tan solo ya para el dolor existe
y errante vaga por do quier perdida.
Nadie al poder del tiempo se resiste:
pasó fugaz su juventud florida
y ya el placer que rápido se aleja
hondos pesares en el alma deja.

ELLA.

¡Triste de mí que por do quiera voy
sin hallar compasion, paz ni consuelo;
¡triste de mí que condenada estoy
á eterno afán y sempiterno anhelo!
Ni aun sombra ya de mi belleza soy,
pierdo mis fuerzas y mi sangre en hielo
poco á poco en mis venas se convierte,
présago triste de mi triste muerte.

¡Pobres mugeres! si el destino os lega
esa hermosura que radiante brilla,
ved que á la hermosa la lisonja ciega,
y que luego la llena de mancilla.
Fálaz el mundo á seduciros llega,
del vicio os muestra la encantada orilla,
y os empuja despues en su egoismo
á un insondable y espantoso abismo.

Leccion severa de la suerte dura
sea mi loca infortunada vida;
soplo es no mas la física hermosura
y eterna solo la virtud querida.
Yo bajaré á la negra sepultura;
rogad á Dios por la muger perdida
y escribid por piedad sobre mi losa
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL EMIR DE BENGADOR.

(Traduccion de Mery.)

Si tú supieras que yo te adoro,
cual las estrellas aman al cielo
y cual la abeja á su tesoro
cuando en las flores ciernen su vuelo:

Vendrias á mí en la hora
en que el Ganges va á dormir
al golfo azul que enamora,
sombra dándote, señora,
los rosales de tu Emir:

Allí, mi dulce reina,
viene la noche umbria
á dar vigor á el alma
despues de amargo día,
y sus opacas sombras
anublan el dolor;

Y las arenas húmedas,
la flor reanimada,
la placentera orilla,
el aura embalsamada
y las brisas del Ganges,
todo respira amor!

Si tú vinieras, ¡oh bien querido!
cual otro tiempo que huyó veloz,
dulce esparciendo sobre mi oído
todas las perlas que hay en tu voz,
Yo te diera ¡ángel que adoro!

de Bengador el palacio,
donde guardo mi tesoro,
con sus puertas de topacio
y sus balcones de oro.

Allí, mi dulce reina,
viene la noche umbria
á dar vigor á el alma
despues de amargo día,
y sus opacas sombras
anublan el dolor;

Y las arenas húmedas,
la flor reanimada,
la placentera orilla,
el aura embalsamada
y las brisas del Ganges,
todo respira amor!

FERNANDO M. PEDROSA.

LA FLOR GADITANA.

A la Srta. Doña D. P. de G.

Entre el ramito de flores
que nos dá la Andalucía,
vino una flor cierto día
llena de vida y colores.
Muy presto mil amadores
el lindo boton de grana
cercaron, pero fué vana
tal amante pretension...
que es muy duro el corazon
de toda flor gaditana.

Duro es... ¿pero el amor
qué no taladra en el mundo
con ese dardo profundo,
volcánico, abrasador?
Pronto la inocente flor
imitando á toda hermana,
de su hermosura algo ufana,
hízose indócil é inquieta
y.... convirtiéndose en coqueta
la linda flor gaditana.

Entonces los amadores
se alejaron de la flor,
y le negaron su amor
todas las mas bellas flores;
y los pétalos de grana
de la flor antes galana
perdieron su bazarria
y diz que á solas gemia
la hermosa flor gaditana.

No creas niña preciosa
que á tí procure imitar;
tú puedes muy bien guardar
con tus espinas tu rosa,

mas ten presente una cosa:
la niña coqueta es vana:
de la vanidad emana
el desden de los amantes,
por eso no eran constantes
los de la flor gaditana.

J. C. BRUNA.

SAUCES Y CIPRESES.

(BALADA.)

I.

Perdido entre cipreses,
perdido entre unos sauces
jugaba cuando niño,
en casa de mis padres;

Por eso, aunque á ninguno
le agraden estos árboles,
do quier que los contemplo
el corazon me late!

Amigos de la infancia
á mí no me entristecen
¡benditos sean los sauces!
¡benditos los cipreses!

II.

A solas con mi amada
vagaba yo una tarde

y en torno habia cipreses,
y al lejos habia sauces.

Aquella vez tan solo
su amor pudo mostrarme....
¡por eso en fuego, al verlos,
convíertese mi sangre!

Testigos de esas horas
á mí no me entristecen:
¡benditos sean los sauces!
¡benditos los cipreses!

III.

Bien pronto en mi sepulcro
(si cumplen mis afanes)
oscilarán cipreses

y sombrearán los sauces
Abrijo esa esperanza;
si llega á realizarse
el aura que los mueva
dirá á los caminantes:

„¡Clamad á vuestro paso,
„en vez de sordas preces:
„¡benditos sean los sauces!
„¡benditos los cipreses!“

JUAN MARIN

LA MUERTE BELLA.

(BALADA.)

I.

Si al rayo de blanca luna,

solitario, extraviado,
veis á un cisne en la laguna
moribundo alzar su canto,
No os dé pena, viajador;
que aunque morir es su estrella,
*Es una muerte muy bella
morir por amor.*

II.

Jóven; ayer tu cabeza
ceñiste de frescas flores;
hoy, marchita su pureza,
te pesa que se deshojen;
Si, por amarlas, tu ardor
las secó, piensa, doncella,
*Que es una muerte muy bella
morir por amor.*

III.

Y vosotros los que un alma
teneis por amor herida
los que no tendreis ya calma
esperanza, ni alegría;
Cantad en medio al dolor,
que, aunque sucumbais á ella,
*Es una muerte muy bella
morir por amor.*

JUAN MARIN.

MAS ALLA.

I.

Frágil é incierto esquite combatido
Del mundo en la azarosa tempestad
Que á impulso de los vientos codiciosos
Intentas resistir al huracan,
Trasunto de la mísera osadía;

¿á dónde vas?
Surco las olas airadas
hasta una orilla tocar,
do se sacie mi deseo,
mi hondo afan.

II.

Genio que inspiras la maldad al hombre,
Sombra en que se oscurece la verdad,
Hipócrita virtud que en este suelo
Pretende largos siglos imperar;
Torbellino que arrastras nuestras glorias,

¿á dónde vas?
Semilla de los dolores
secó la felicidad,
mi víctima es la conciencia
mi bien, el mal.

III.

Anatema cruel, que en este suelo
De la discordia atizas el volcan,
Niebla humeante que destilas vicios,
Incendio de la honra pertinaz;
Mentida adulacion, falsa apariencia,

¿á dónde vas?

Rauda, prepotente, altiva
como el águila caudal,
escalando voy la nueva
inmortalidad.

IV.

Envidia miserable á cuyo soplo
Quieres soberbias torres derribar;
Lengua dañosa que en el pecho débil
Cebas desatentada tu puñal;
Eco de la alabanza de los necios

¿á dónde vas?

Soy alimento del hombre,
dios de este siglo venal,
produzco lauros, trofeos....
honra, jamás.

V.

Aura apacible con que el triste sueña,

Plácido sueño de ventura y paz,
Númen fecundo de virtud y amores;
Esperanza que ahuyentas nuestro afán;
Luz de los seres que dolientes gimen....

¿á dónde estás?

¡Ay! yo no vivo en la tierra,
¡ay! yo no existo en la mar;
mi morada no es el mundo,
¡es mas allá!

ROMANCE.

Siempre viva á quien los céfiros
juguetones y fugaces,
van robando las aromas
que se exhalan por el valle;
flor del vergel encantada,
flor de la pradera esmalte,
do las perlas del rocío
se columpian con el aire.
Siempre viva que abrillanta
la luz del sol espirante
acariciando tus hojas
cuando declina la tarde.
¿Por qué, placentera, al cielo
levantas tu hermoso cáliz
y tu esencia se evapora
hasta el cielo en espirales?
¿Es que buscas otro espacio
donde tus hojas se afanen,
do se animen tus colores
y donde te arrulle el ave?
¿O del seno de la tierra,
pretendes, flor, separarte,
de la tierra, cuyo gérmen
te dió el ser vivificante?

La flor cual si alas tuviera
con que poder remontarse,
su tallo irguió en su delirio
con otro tallo enlazándole,
y vióse á la siempre viva
crecer al lado de un sauce,
dándole el árbol su sombra,
ella su aroma prestándole.
Así como de la vida
al suspirar incesante,
fúndense en una dos almas,
por el amor inefable.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

EL ERMITAÑO Y LA NIÑA.

SONETO.

Una flor amarilla y sin aroma
Por entre frescas flores tristemente
Su cáliz espirante y tez muriente

Ya con dificultad alza y asoma.

Cierta niña, inocente cual paloma,
Al verla marchitar lástima siente,
Y pensando con ella ornar su frente
Se agacha y arrancándola la toma.

Mas cuando en su poder ya la creía,
Miró detrás de sí cierto ermitaño
Amo de aquella flor que ella quería
Y preguntó: —¿Tomarla causa daño?
—„Sí„ respondió el anciano —„si hija mia,
Déjala que es la flor del *desengaño*.„

José C. BRUNA.

EL TIEMPO.

SONETO.

Huye veloz el tiempo presuroso;
Huye veloz cual la ilusión primera;
Nada puede impedirle en su carrera,
Nada alterar su curso misterioso.

A su influjo terrible y poderoso
Gime infeliz la humanidad entera,
Y tras vida fugaz y pasajera
Halla un sepulcro triste y silencioso.

Hunde generaciones en la tumba;
Otras levanta en rauda torbellino;
Opulentos alcázares derrumba;

Impulsa al hombre en su fatal camino;
Y el placer, el dolor y la alegría;
Sepulta en noche sempiterna y fría.

RICARDO CARDELUZ Y J.

NO TRONCHEIS FLORES!

—¡Oh! vosotras, mis niñas,
tan puras y tan candidas,
que andais por los jardines
apenas nace el alba,
cogiendo bellas flores
para tejer guirnaldas,
que á vuestro amante luego
vais á entregar ufanas;
oidme las que os digo
verídicas palabras,
que acaso de algun pecho
eviten muchas lágrimas.—

—Decid, hermosas niñas,
¿en vuestras puras almas
un día cobijásteis
imágenes doradas?—
—¿Sentisteis algun día
nublarse la esperanza
que dentro allá del pecho

venturas os brindaba?—

—Decid: ¿el horizonte
de vuestra dicha cara
no fué cubierto un día
de triste nube cárdena,
trocando en desengaño
la gloria que os mostraba
el porvenir risueño
que en torno divisábais?—

—Pues no, mis niñas bellas,
mis niñas adoradas,
troncheis flores, que acaso
serán vuestras hermanas;
porque también las flores
se sienten apesadas
por lazos amorosos
que suelen abrasarlas.—

—No las troncheis, no niñas,
dejadlas entregadas
á sus cariños tiernos
y á las delicias castas
que los amantes gozan
en horas fortunadas,
cuando la paz del cielo
su corazón embarga.—

—Y nunca troncheis flores
que no encontréis aisladas,
pues dos que juntas viven
están enamoradas,
y al separarse alguna,
sabad, niñas galanas,
que la otra muere al punto
marchita y deshojada.—

SERAFIN CÁNOVAS.

ALERTA!

(BALADA.)

Cuando mireis radiar de hermosos ojos
Rayos de amor que con amor convidan;
Cuando mireis en nacaradas frentes
Tintas de luz, de amor y de poesía;
Cuando imploreis de purpurinas bocas
Palabras dulces de esperanza y vida....

Desechad ilusiones
Que os mentirán un cielo!....
El bien y la verdad no son del suelo:
¡Alerta, corazones!

JUAN MARIN.

EL DESEO DEL BARDO.

EN EL ALBUM DE LA SRTA. DOÑA MARIA DE L.***

Amar siempre es la misión

De los nobles corazones:

Niña, si tu corazón
Guarda de amor ilusiones,
Ama y ama con pasión!

Que al subir la pendiente de la vida,
Si amor nos lleva en dulce desvarío,
El alma se dilata embebecida
Cual entre flores apacible río.
Mas ay! cuán dolorosa es la subida
Si en vez de amor nos lleva árido hastío
Sardónico trocando con su acento
Cada flor de ilusión en un tormento!

¡Quiera el Supremo Hacedor
Que tu vida hoy en la aurora,
No conozca ese dolor,
Y que hasta su postrer hora
Corra embriagada de amor!

JUAN MARIN.

GONZALO FERNANDEZ DE CORDOBA,

6

LA BUÑOLERA.

En la guerra de Granada
por un algazar (1) secreto,
llegaron á sus altezas
nuevos mensajes siniestros,
que entre grescas y disturbios
que refirió por estenso,
de una linda buñolera
les pintó los rasgos bellos;
y arrebatado Gonzalo
que estuvo presente al hecho,
juró robarla y traerla
como prueba de su esfuerzo;
mas Isabel y Fernando
hazaña de tanto precio,
dudaron que sus valientes
llevar pudiesen á efecto;
y la prudente señora
contuvo al bravo guerrero,
y con sus régias palabras
templó el volcán de su pecho.
Con el cautivo en Zenete
que por el nombre de Pedro
el de Aben-Hamut trocara, (2)
se concertaba en secreto;
y en notables conferencias
sobre aquel morisco pueblo,
de sus revueltas y calles
entretienen el tiempo.
Cuando supo que de Hájima

(1) Algazar, *espía*.

(2) Aben-Hamut, cautivo en Zenete por Pulgar.
se bautizó con el nombre de Pedro, conservando el
apellido de Pulgar.

era el gallardo mancebo,
 el esposo prometido
 antes de su cautiverio:
 de Hájima la buñolera
 que este nombre le pusieron,
 y era célebre en Granada
 por su belleza y despejo.
 Con esta nueva animado,
 y con el traje encubierto
 y el albornoz africano
 que Chacon llevó en su duelo,
 cabalgado en un caballo
 de aquellos cuatro agarenos,
 que de las cuadras de Muza
 por Zoraida se ofrecieron,
 de Santa Fé salió ufano
 en su deseo revuelto,
 que enardecido animaba
 Áben-Hamut con extremo.
 Llegó á la puerta de Elvira,
 los Zenetes le tuvieron
 por un Visir poderoso,
 según su rango y aspecto.
 Siguió con paso pausado
 hasta descubrir el puesto,
 dó adustos almogawares
 reposaban en sosiego,
 y en escudillas, servidas
 por el jayan lisonjero
 que en el real recatado
 dió vida á su pensamiento,
 ufanos se solazaban
 en su estado satisfechos.
 Vió á Hájima que taciturna
 cavizbaja y en silencio,
 se mostraba cautelosa
 su ejercicio presidiendo:
 bella como la alborada
 de Abril florido y sereno:
 mas blanca que nieve ó plata,
 y dorado su cabello:
 y al dirigir de sus ojos
 los dos preciosos luceros,
 y al clavarlos en Gonzalo,
 se quedó absorta en extremo.
 El, se bajó del caballo
 que ató á la aldaba risueño,
 y se adelantó cuitoso
 hácia aquel divino objeto.
 «Dios te guarde, niña hermosa»
 le dijo con dulce acento,
 «¿Eres tú la buñolera
 que admiran en este suelo?»
 Levantó su tersa frente
 y con sumiso respeto
 le contestó ruborosa,
 «Yo soy, señor caballero»
 —«Pues á ti vengo buscando.
 «esta noche, ahí en un pueblo
 «que el Fargue (1) se denomina

«libre de su cautiverio
 «el árabe Áben-Hamut
 «se casa alegre y contento:
 «yo que su Valí me nombro
 «y de su Valí me precio,
 «al venir á ver al Rey,
 «le quiero hacer el obsequio
 «de que en su boda se prueben
 «y se gusten tus buñuelos:
 «ven pues conmigo, preciosa,
 «y verás cuan satisfechos
 «se muestran los circunstantes
 «en la zambra que te ofrezco.»
 Al nombre de Áben-Hamut
 y al oír su casamiento,
 se exaltó la triste mora,
 que arrebataron los celos;
 y resuelta y atrevida
 tomó su albornoz y un velo,
 y le dijo: «Ya estoy pronta,
 «vamos, señor, al momento.»
 Desató al punto el caballo,
 y en el arzon delantero
 colocó á la buñolera,
 y en pos cabalgó ligero:
 mas al emprender la marcha
 se oyó al algazar perverso
 que furioso repetía,
 «A las armas, compañeros;
 «que ese es Gonzalo Fernandez,
 «cristiano astuto y soberbio;
 «Atajarlo, almogawares;
 «gomeles, acudid presto;
 «que á mi sobrina se lleva,
 «con amaño y fingimiento.»

Vuelve las riendas y furioso embiste:
 Baja la lanza y del broquel cubierto,
 Al que en su detención y arresto insiste;
 Y siguiendo ardoroso, en rabia envuelto,
 El tumulto, impertérrito resiste,
 Que á aquellas voces se reunió resuelto;
 Conteniendo en la silla á la Africana
 Que arrojarle intentó con furia insana.

Del Albaicín bajaban animosos
 Varios ginetes que su ardor mostraron,
 Y al sentir el estrépito, ardorosos
 Al esforzado capitán cercaron:
 Con denodados golpes procelosos,
 De Gonzalo los golpes contestaron;
 Hasta que su acicate duro y fiero
 A su corcel precipitó altanero.

Y rompiendo con rápida pujanza
 Por entre los revueltos pelotones,
 A un frenético grupo se avalanza,
 Derribando casquetes á millones:
 En los corvos estribos se afianza:
 La sangre corre en rojos borbotones:
 Y arrojando la pica, con la espada
 Acometió la muchedumbre airada.

(1) El Fargue: lugar cerca de Granada en el camino de Guadix.

Cual el rabioso javalí, acosado
De sabuesos por turba innumerable
En su rauda corrida despechado
Esgrime su colmillo formidable;
Y vuelve, y de despojos llena el prado,
En su firme defensa incontrastable,
Así el activo capitán tornaba,
Y tajos y reveses redoblaba.

A la puerta de Elvira llegó ufano;
Y siguiendo su rápida carrera,
Por incierto camino llegó al llano,
Dó la amiga atalaya halló primera
De aquel puesto avanzado castellano;
Y con faz brillante y placentera,
Encontró á Aben-Hamut, que cuidadoso
Esperaba á su Hurí, ya receloso.

A Háxima desmayada mantenía
Sobre el corcel rendido y fatigado:
Y á su llegada airoso la cedia
Al morisco confuso y admirado;
Que en justo galardón y cortesía
A Gonzalo acataba estasiado;
Y ella al volver de su terrible ensueño
Se encontró entre los brazos de su dueño.

El alcaide de Illora, cuyo nombre
Venerarán por siempre los hispanos;
Aquel Gran Capitán cuyo renombre
Correrá hasta los tiempos mas lejanos;
El fuerte campeón, el primer hombre
Que brilló en los ejércitos cristianos,
A Háxima presentó ledo, rendido,
A Isabel y á Fernando, envanecido.

Y la Reina esplendente de Castilla
A la mora tendió su régia mano;
E iniciada con noble maravilla
En la fé y las creencias del cristiano,
En su real y espléndida capilla
Recibió en su bautismo soberano,
El nombre de Isabel grande y glorioso,
Y á Pedro del Pulgar por digno esposo.

JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE.

ADIOS Á CÁDIZ.

ODA.

Si el genio le otorgara
A mi núnen su luz esplendorosa,
Entónces confiara
Que mi canción grandiosa
Muy digna fuese de mi patria hermosa.

En el dolor que siento

Imploro inspiración, mi alma se afana;
¿Qué te dirá mi acento,
¡Oh! ciudad gaditana,
Si te ha cantado el inmortal *Quintana*?

Con argentadas olas
Tus muros besa el mar, y á su murmullo,
Las gentes españolas
Oyen el nombre tuyo
Con gran placer y sin igual orgullo.

Los mares allá un día
Una preciosa hermana desearon,
Y entónces, patria mía,
Los ángeles bajaron
Y del seno del agua te sacaron.

Venus avergonzada,
Viendo en tí una rival de su belleza,
Al mar quejóse airada
Y humilló su entereza
Al inmenso poder de tu grandeza.

La España generosa
Su independencia proclamó valiente,
Y en la lucha gloriosa
La gaditana gente
Un laurel adquirió para su frente.

Cuando inocente niño
Tus encantos ¡oh Gades! contemplaba,
Te rendí mi cariño:
Tu cielo me estasiaba;
Sin comprender la causa, te adoraba.

Hoy que de tí me ausento,
Oye mi humilde adiós de despedida:
Invade el sentimiento
Al ánima aflijida;
Ay! ¿te veré otra vez, patria querida?

Cuando cruce los mares
Henchida el alma de angustioso duelo,
Prestará á mis pesares
Un rayo de consuelo
La paz sabrosa de tu hermoso suelo.

Huérfano, pobre, triste,
Oh, amada patria! lo que soy te debo:
Tú mis quejas oíste;
Hoy mi pena renuevo....
¡Tantos recuerdos en mi pecho llevo!

En tu seno de gloria
Trascurrieron mis años seductores;
Conserva mi memoria
Las virginales flores
De la estación feliz de mis amores.

Si en la América ardiente
Vago aflijido en la arboleda umbria
Con mi dolor vehemente,
Tu nombre, patria mia,
Mitigará benigno mi agonía.

Vierten mis ojos llanto,
Mi voz convulsa en la garganta espiral!
¡Ay! temple mi quebranto
La patria que me inspira;
Suyos mis versos son, suya mi lira.

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

TORNEO.

Abierto está el palenque; ya en la liza
Al ráudo trote de bridon violento
Avanza por la arena movediza,
Fijo en la cuja el acerado cuento.

Jóven guerrero cuyo duro almete
Ostenta libre amarillento airon,
Que signo de venganza la promete
Con fúnebre y siniestra ondulacion.

Llega á una tienda, y sobre el terso escudo
Que bravo puso allí mantenedor,
Detiene el potro y, tras marcial saludo,
Bote le asesta en el cuartel de honor.

Sale pausado con feroz talante
El oculto guerrero á quien provoca,
Como al grito de presa agonizante
Pintado tigre tras salvaje roca.

Reclama su caballo, salta encima,
Ceñudo blande la acerada lanza,
Al hizar, nunca herido, espuela arrima,
Y al ancha tela como tromba avanza.

Frente á frente se encuentran y los dos
No conservan allí mas que un deseo,
Unido á dos recuerdos: *Dama y Dios,*
Y escuchar la trompeta del torneo!

JUAN MARIN.

¡POBRE EMILIO!

Ven, Emilio! pobre niño!
moribundo, abandonado,
te encuentras porque has amado
con todo tu corazón.

Ah, Señor! ¿por qué permites,
desde tu trono de nubes,
que almas bajen de querubes
á un suelo de maldicion?

En tu cándida alegría
soñastes hallar hermanos
sonrisas de amor y manos
ligadas por la efusión
¡Delirio digno de un cielo!
¿cómo hallarlo en este lodo
si aquí, niño, todo, todo
es mentira y corrupcion?

Ven, acércate, ángel mío!
esperaste al mundo bueno
mas él te pagó en veneno....
como á todos te pagó!

Mírame; ves? no soy viejo,
y apesar de todo, niño,
muero, cual tu por cariño,
por amor perdido, yo!

Pediste amistad al hombre,
y amor fiel á las mujeres....
se burlaron: ¡y qué quieres!
¿quien jamás se lo pidió?
¿Quien para pedir fué loco
néctar divo á la cicuta....?
sigue! que al fin de esa ruta
te hallarás, cual me hallo yo!

Me miras en tu agonía
por que te hiela mi acento;
no comprende tu tormento
mi calma de maldicion!
¡Cuánto envidia tu sufrir
yo que padecer no puedo,
que busco y miro con miedo
deshecho mi corazón!

JUAN MARIN.

AMOR DE UN POETA.

DEDICADO A CASTRO Y SERRANO.

Mi querido amigo.

Muy doloroso me será traer nuevamente á la memoria sucesos que ya pasaron. Sin embargo, me pides con tanta insistencia la revelacion de esta triste historia, que faltaria á la amistad que nos une desde la infancia si tratase de negarme á complacerte. Te advierto no obstante que lo que te voy á decir es un secreto que pertenece exclusivamente á nuestro cariñoso compañero el malogrado Ricardo, y que, hasta hoy, solo hay otra persona que conozca—si bien de una manera imperfecta—las causas de su temprana muerte. No abuses pues

de esta confianza. Recuerda el carácter reservado de nuestro amigo, y ten presente que á mi vez me negaría á decirte una palabra, si no tuviese repetidas pruebas de que has mirado siempre como tuyos los asuntos de Ricardo.

Ahora escucha.

AMOR DE UN POETA.

PRIMERA PARTE.

AMOR DE UNA DONCELLA.

I.

RICARDO.

Ricardo era un excelente muchacho: tú lo sabes, puesto que lo has conocido como yo desde niño y has escrito versos en compañía suya. Dulce y apacible de carácter, expansivo y natural en su trato, jamás hubo joven que no le amase, ni anciano que dejase de mirarle con benevolencia y respeto. Es verdad que á elló contribuía mas que todo su vida arreglada y su conducta ejemplar. Ricardo no tenía vicios, ni se complacía como otros en hacer daño á sabiendas á ningun semejante suyo. Ah! ¡si otro tanto se pudiera decir de los males que mas de una vez le hizo causar la dulzura de su carácter y la natural bondad de su alma! Nunca le oí quejarse de otra cosa, pues conocía, sin poderlo remediar, lo muy funesto que le era el carecer de voluntad propia. Siempre que le resultaba un gran mal ó lo causaba á otros, exclamaba con dolido: "Oh! mi carácter! mi carácter!" Y cuando ya en sus últimos momentos le vinieron á decir que una persona acababa de morir de amor por él, prorumpió á llorar amargamente, juntó sus manos heladas contra el pecho, y elevando la mirada al cielo repitió abatido: "Dios mío! cuánto daño por mi falta de energía!" Desde entonces no levantó ya la cabeza: una palidez mortal cubrió su rostro; sus miembros se crisparon horriblemente; y á los pocos instantes dejó de existir, murmurando entre dientes un nombre que no pude comprender.

Voy á decirte ahora lo que colegí de todo esto, tomando por punto de partida los antecedentes que tengo de su vida; pues como siempre hemos habitado juntos, creo haber comprendido algunas de las cosas que él me callaba por consideraciones fáciles de adivinar.

II.

REVELACION IMPORTANTE.

En la calle de Cervantes habitaba una familia honrada y virtuosa por demás. Componíase esta de una señora, viuda de un magistrado, su hija y la criada. Nadie entraba en aquella casa á escep-

ENERO.

cion de dos ó tres antiguos compañeros del finado, y por su parte la viuda y su hija no salían de ella mas que para oír misa en la capilla de Medinaceli que era la iglesia mas próxima. De vuelta de la iglesia, las puertas de la casa se cerraban con llave y pasador: sentábanse madre é hija á sus labores interrumpidas un momento, y en todo el día no cesaban de brillar las agujas que manejaban ambas con mucho primor. En el crepúsculo de la tarde, y cuando ya las primeras sombras de la noche venían á hacer imposible la prosecucion de su trabajo, sonaban las campanas el toque de oraciones; y entonces aquellas dos almas, prosternadas ante un crucijo de marfil y acompañadas de la criada que tambien tomaba parte en este piadoso rezo, elevaban sus plegarias al cielo. Una cena frugal seguía á estos ejercicios cotidianos; concluida la cual, la hija desnudaba á la madre; se sentaba á la cabecera de su cama, de donde no se apartaba hasta que el sueño viniese á cerrar los párpados de la anciana. Cuando su respiracion tranquila y uniforme anunciaba á la joven que aquel momento habia llegado, se levantaba callandito, imprimía un beso apasionado sobre aquella arrugada frente; y cogiendo la lámpara y un libro, iba recatadamente á encerrarse en su cuarto, donde pasaba leyendo la mayor parte de la noche y escuchando siempre si por acaso su madre se despertaba ó necesitaba algo. Por la mañana la hija abandonaba el lecho á la hora en que los pájaros salen de sus nidos; en seguida se lavaba y hacia su tocador, que por lo general era breve: preparaba el chocolate para su madre á quien despertaba con un nuevo y apasionado ósculo; y despues de enterarse con alegría de que habia pasado bien la noche, daba sus órdenes á la criada y se ponía á comenzar los trabajos del día anterior.

Así pasaban la vida aquellas dos criaturas que tenían reconcentrado todo su amor la una en la otra: la madre viviendo por la hija y la hija para la madre. Muchas veces me repitió Ricardo,—y el resultado ha venido desgraciadamente á confirmar sus palabras—que el día que la muerte arrebatase á la una, la otra no podría sobrevivirla mucho tiempo. ¡Felices y privilegiados seres los que así se ven cobijados por el amor! Yo en cambio apenas he conocido sus dulzuras.

Pero sigamos la historia.

Tres años hacia que nuestras conocidas vivían en el mismo recogimiento y soledad á que se habían reducido desde el fallecimiento del magistrado; y en este tiempo jamás se alteró la paz octaviana que reinaba en la casa. Un día, la mano vigorosa de un joven agitó el cordón de la campanilla con mas fuerza y precipitacion que de costumbre; y madre é hija, pues ambas se habían lanzado con recelo á la puerta, se encontraron frente á frente con Ricardo, que llegaba de Granada y venía recomendado por su padre, antiguo y consecuente amigo de la familia. No hay que decirte si con tal precedente seria bien recibido nuestro compañero, ni si dejaría buena impresion despues de su primera visita en el ánimo de aquellas sen-

cillas gentes, teniendo como tenia un carácter angelical. Bástete saber que Ricardo fué el único jóven entre los hijos de los amigos á quien se le ofreció la casa, y el solo tambien á quien, desde el primer dia, se le dieron pruebas de estimacion y de confianza. Por su parte Ricardo tenia demasiado talento y buen tacto para no dejar de corresponder dignamente á tales deferencias; y aunque en su buen juicio comprendió desde luego que no tenia que prometerse en aquella casa esas diversiones que con tanta asiduidad buscamos los jóvenes en donde quiera que se reuna una sociedad animada, no por eso se desdénó en imponerse voluntariamente la obligacion de asistir á ella una ó dos horas todos los dias. Acaso en esto no hacia ningun sacrificio, porque la viuda tenia una conversacion escogida y amena, y la hija un talento y erudicion envidiables. En fin, el resultado de esta visita cotidiana del único jóven que habia entrado en la casa desde la muerte del magistrado fué el que era de esperar.

La chica un dia al despedirse de Ricardo le apretó la mano de una manera estraña; y aunque Ricardo no pudo menos de notarlo, no le dió sin embargo importancia alguna. A la mañana siguiente la huérfana del magistrado se levantó triste y ojorosa: su madre se alarmó y ella intentó tranquilizarla diciéndo que se sentia algo indisputa, pero que no pasase cuidado porque no era un mal de consideracion. La tristeza, sin embargo, continuó hasta la tarde; mas apenas se dejó oír el sonido vibrante y prolongado de la campanilla agitada por una mano vigorosa, la enferma se irguió repentinamente; sus ojos brillaron como el fuego; y sus mejillas, hasta entonces pálidas, se cubrieron instantáneamente de un ligero y delicado carmin. Al poco tiempo la jóven se habia aliviado notablemente de su ligera indisposicion; y casi, casi, cuando Ricardo cogió el sombrero para marchar, hubiera jurado que se quedaba completamente buena. Ignoro como la madre con su delicada penetracion no notó esta novedad, ó si es que á pesar de haberla notado no creyó conveniente ni oportuno manifestarlo. Lo cierto es, mi querido amigo, que Ricardo continuó consecuente en sus visitas, aunque sin escenderse nunca de la hora ú hora y media que se propuso dedicarlas desde un principio, y que la hija del magistrado llegó á enamorarse ciegamente, aun antes de saber si era correspondida. Es verdad que por su parte Ricardo la tenia un gran cariño: jera tan buena aquella jóven, tan tierna y tan solícita, en particular cuando Ricardo sentia alguna pena!.... Pero este cariño, verdaderamente fraternal, estaba muy distante de satisfacer las aspiraciones del corazon de la doncella; y comprendiéndolo así Ricardo, el dia que aquella, hecha un mar de lágrimas y con las manos cruzadas, imploraba un poco de amor en cambio del mucho que ella le ofrecia; el poeta se sintió conmovido y no tuvo valor para negarse.

La amó desde entonces? ¿Es que aquellas lágrimas y aquella afliccion amarga le hicieron sentir, si quier no fuese mas que por un momento, lo que

hasta entonces no habian conseguido las miradas ardientes y las frases apasionadas? ¿Es que la debilidad de su carácter, su natural bondad y la falta de voluntad propia, le arrastraron á sucumbir por el pronto ante un dolor y un cariño verdadero? ¿O es que mintió tan solo por el placer de mentir? Cuestion es esta que parece difícil resolver; pero yo no vacilo en asegurar, conociendo como conocia á Ricardo, que esta vez como otras muchas no hizo mas que obedecer á un sentimiento de piedad tan fuertemente desarrollado en él.

Tal vez, y esto lo digo porque tengo motivos, si en aquel momento hubiera intervenido la madre y hubiese habido dispuesto un sacerdote para casarlos, Ricardo no hubiera vacilado: y es mas, Ricardo hubiera sido no solo el marido mas amable y bondadoso, siuo el mas fiel y consecuente de cuantos se han conocido. Pero Ricardo salió á la calle, respiró el aire libre, su cabeza se despejó; y entonces echó de ver que sus labios habian espedido mal lo que sentia su corazon. Tentaciones tuvo de volver inmediatamente á desdecirse; pero se acordó del mucho amor que le habia manifestado la doncella; de su afliccion; de su talento; y dijo encogiéndose de hombros: „Bah! me casaré con ella. ¿Habrá ninguna muger que sienta por mí tanto amor? ¿Habrá quién sepa endulzar mis penas como ella, ni quien me ofrezca un corazon mas leal?”

Ay! estas palabras salian de un alma generosa: era el poeta el que las pronunciaba, olvidando que delante de sí tenia un mundo donde á cada paso que diese habia de tropezar!....

III.

LA PARTIDA.

Habian pasado algunos meses desde el dia en que Ricardo, cediendo á un impulso de su noble corazon, salió de casa de sus conocidas dando esperanzas á la jóven. Has visto que en un principio tuvo impulsos de volver á confesar su engaño, y que mas tarde se reconcilió con la idea de casarse. Pues bien, á pesar de esta última resolucion, debo asegurarte que su entusiasmo por la hija del magistrado no hizo ningun progreso, y que nunca sus visitas se prolongaron mas que la hora de costumbre.

Un dia vino á casa muy tarde; estaba pálido y agitado: le pregunté si habia tenido algun disgusto, y me contestó con embarazo que se sentia indispueto. Entonces me ofrecí á quedarme sentado á su cabecera por si acaso se ponía peor; pero esta oferta que en ocasiones semejantes habia acogido con júbilo, me pareció que ahora le disgustaba; porque haciéndome con la mano una seña, que yo achacé á deseos que tenia de que le dejase solo, me contestó secamente:

—No hay necesidad, gracias.

A la otra mañana tuve mucho cuidado de levantarme temprano para saber como habia pasado la

noche, y al efecto me trasladé á su cuarto; pero, ¡cuál fué mi sorpresa al ver que no estaba en la cama y que, segun todas las apariencias, tampoco debia encontrarse en casa! Llamé al criado y le pregunté sin vacilar si hacia mucho tiempo que Ricardo habia salido.

—Sí, señor, me contestó; lo menos hará dos horas.

En aquel momento daba el reló las cinco: estábamos en pleno invierno.... Qué horror!....

Mucho me dió en qué pensar tan estraña conducta. Al pronto me vino á la imaginacion la idea de un duelo, pero luego me tranquilicé pensando razonadamente que en semejante caso á nadie hubiera recurrido para que le sirviese de padrino mas que á mí.

A la hora de almorzar estaba en casa. Me pareció que estaba mas inquieto y agitado que la noche anterior. Sin embargo no quise hacerle ninguna pregunta, ni manifestarle los temores que me habian asaltado, porque comprendí que cuando él, expansivo y confiado como era, guardaba silencio, no debia estar de humor para entrar en esplicaciones.

Concluido el almuerzo se levantó y se volvió á marchar: por la tarde le esperé inútilmente para comer; y á la noche, que tambien se retiró á una hora avanzada, se acostó sin hablar con nadie y sin preguntar siquiera por mí.

Así trascurrió un mes y otro mes: él evitando darme esplicaciones, y yo desviándome por averiguar lo que le pasaba. A todo esto su palidez se hacia cada vez mas intensa; no comia apenas, estaba siempre distraido y triste, y si alguna vez se ponía á hacer versos, él que siempre se habia distinguido por la lozanía y galanura en el language, solo acertaba á trazar exclamaciones horripilantes. Llegué á creer que estaba loco y se lo dige sin rodeos: se sonrió tristemente y salió sin responderme una palabra. Al volver lo encontré mas animado; estaba casi alegre, y entonces me atreví á preguntarle de nuevo la causa de su conducta estraña.

—Hace tiempo, me dijo, que no me encuentro bien de salud. Mas ahora, añadió con ímpetu y haciendo brillar á su mirada, tengo esperanzas de restablecerme con el auxilio de unos baños benéficos que pienso tomar.

—Qué es cierto lo que dices?

—Sí.

—Con que vas á baños?

—Sí.

—Y á qué baños?

—No sé.

—Cómo! ¿te propones tomar baños y no sabes cuáles van á ser?

—Pues ahí verás. Por de pronto voy á las provincias.... luego á Francia.... tal vez á Alemania.... Quién sabe....?

—Vaya, Ricardo, tú estás bromeando.

—No lo creas; mañana mismo partiré.

—Mañana! Escucha, Ricardo; tú me ocultas algo, y este algo debe ser cosa muy grave. En tu

marcha á los baños hay sin duda otro motivo mas que el de restablecer tu salud.

—No digo que no.

—¿Y serás capaz de separarte de mí sin revelármelo?

—Te prometo que á mi vuelta lo sabrás todo.

—Me lo prometes?

—Te lo juro.

Acto continuo se ocupó en arreglar su equipage: yo le ayudé en esta operacion, y á la mañana siguiente le ví partir con inquietud.

No sé por qué causa presentia que mi amigo caminaba en busca de la muerte!....

IV.

EFFECTOS DEL AMOR.

Tres meses permaneció Ricardo fuera de la corte. Durante este tiempo me escribió varias cartas. en cuyo contenido se echaba de ver bien claro que mi buen compañero habia recobrado su carácter natural, aquel carácter dulce y apacible que tan bien le sentaba y que lo hacia adorable á los ojos de todos los que tenian la dicha de tratarle. No olvidaré nunca los colores tan vivos con que me pintaba los encantos de la vida campestre, ni tampoco las reiteradas y finas invitaciones que me hizo para que fuese á unirme con él. Sin duda trataba de seducirme, porque me prometia que habia de pasar un verano muy agradable. Esto me tranquilizaba bastante.

A su regreso me pareció muy mejorado y algo mas alegre que en los dias que precedieron á su partida. Sin poderlo remediar me reproché interiormente por haber imaginado que en la agitacion anterior de Ricardo habia existido otra causa que su enfermedad, y por haber sido capaz de suponer que aquel excelente amigo tenia secretos para mí.

Una cosa me chocó sin embargo, y fué que á su vuelta Ricardo dejó pasar ocho dias sin visitar á sus amigas las de la calle de Cervantes. En cambio se daba sendos paseos desde la mañana hasta la tarde en la plazuela del Progreso, y por la noche se sentaba á trabajar en su cuarto, que por cierto lo hacia con provecho, porque todas sus buenas producciones datan de aquella época. Qué riqueza de conceptos! qué poesía ha dejado en sus obras! Yo estaba verdaderamente admirado, porque entonces no sabia que Ricardo escribia bajo la impresion de un amor apasionado, frenético, delirante, como solo él era capaz de concebir.

Te contaré este nuevo acontecimiento; pero antes voy á decirte en lo que vino á parar el amor de aquella noble doncella, hija del magistrado.

V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Dicen que Madrid es grande: dicen que en Madrid apenas las personas se conocen unas á otras, y

que por consiguiente se está libre de las murmuraciones y las habillitas de vecindad, lo que no sucede en las poblaciones subalternas, donde nada se escapa á la maledicencia de los ociosos.... ¡Cuántas cosas se dicen de Madrid que alucinan, y sin embargo no son mas que insignes vaciedades! Comprenderás que en esta venturosa capital nadie se ocupa de asuntos ajenos cuando te diga que aun no se habia apercibido nuestro compañero de que en su corazon germinaba un nuevo y verdadero amor por otra jóven, y ya la noticia habia llegado como positiva á oídos de la modesta familia de la calle de Cervantes. Nada ignoraba esta cuando Ricardo se presentó por primera vez despues de su viage de los baños. Madre é hija sabian que hacia ocho dias que habia regresado: sabian que nuestro amigo se habia hecho tan devoto que ningun dia dejaba de asistir con grande recogimiento á la misa mayor de S. Sebastian: sabian en fin, que se habia aficionado tanto á la sombra proyectada por el ramaje de los árboles, que no podia pasear por calles donde no los hubiese. Y si solo se hubiera reducido á esto todo lo que sabian.... Ay! de tanto saber, la pobre jóven comenzó á sentirse enferma: hubo esplicaciones y escenas que pusieron á Ricardo al borde del abismo; y precisamente los médicos me declaraban que mi compañero estaba en peligro de muerte, cuando llegó la noticia de que la huérfana del magistrado habia dejado de existir.

El dolor de la madre fué tan grande, que ocho dias despues seguia á su hija en el camino de la gloria!!

En cuanto á Ricardo.... ya te lo he dicho: este golpe concluyó con su vida!!....

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

BIBLIOGRAFIA.

LA LEY DE DIOS.

Nuestra distinguida colaboradora, la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, acaba de escribir un libro con aquel título; libro que ha merecido de nuestra augusta reina una acogida capaz de lisongear la mas alta ambicion, y que ha alcanzado de la prensa entera el encomio mas espontáneo, bien así como el mas grande.

No conocemos todavía la obra: no podemos por tanto juzgarla; pero acostumbrados á leer las demás producciones de tan elocuente y delicada pluma, no nos puede sorprender el éxito prodigioso de esta nueva y bellísima hermana de aquellas, ni se nos ha pasado por las mientes el sospechar siquiera que tales

elogios pudieran no ser justos, que tales triunfos no fuesen completamente legítimos.

Mientras llega la oportunidad de analizarla con toda nuestra conciencia crítica, habremos de recitarnos á lo que de este libro sabemos.

Diez leyendas le componen, como diez fueron los preceptos dados por Dios á Moisés en el Sinaí, y que forman las tablas de su Santa Ley. En ellas se propone la ilustre escritora, no solo dar á conocer aquellos preceptos, tales como conviene conocerlos á la infancia, á cuya instruccion semejante trabajo especialmente se dedica, sino interesar á esta por medio de amenas historias, á fin de que su lectura pierda la aridez doctrinal y deje grabado su espíritu en aquellas almas tiernas y candorosas.

El descender hasta el nivel de estas inteligencias infantiles, el penetrar por ellas hasta el fondo de sus corazones, es empresa que solo una mujer pudiera haber concebido, solo una mujer pudiera haber realizado. El hombre nunca. Busquemos en el altivo cedro la lozanía, el vigor, la robustez; el delicado perfume solo podemos hallarlo en la humilde, en la bella flor de los prados.

Terminaremos esta breve noticia, que pensamos esplanar algun dia, con los siguientes párrafos del prólogo, puesto á la obra por el Sr. Navarro Asensio, prólogo muy bien escrito, y que bastará á darnos una idea del mérito de la produccion. Dice así.

"La gallarda valentía con que se hace cargo de los preceptos divinos, la erudita novedad de sus sencillas historias, la dulzura persuasiva de sus argumentos, la admirable y poética gala de sus discursos, la afuente copia de sus razones, hacen esta obra única en su género, é inestimable para todos cuantos sepan sentir, pues la clara y suave luz con que alumbra las mayores oscuridades, inflama y no destruye, ilumina y no quema."

"La Sra. Sinués de Marco hace ver que la fuente de todas las virtudes es la observancia de la palabra de Dios, que sin ella no puede haber fé segura, pues como dice el Apóstol, *Fides ex auditu, auditus autem per verbum Dei.*"

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ADELANTOS DEL SIGLO.

MÁQUINAS DE COSER.

En una de esas graciosísimas y disparatadas producciones que con el título de *Revista*

del año se ponen en escena en París durante la época en que aquellos terminan, recordamos haber leído una escena, en la que, con ocasion de la apertura de una gran fonda, se supone que dos viajeros, atraídos por lo pomposo de los anuncios, llegan allí con el deseo de investigar por sí mismos la exactitud de tantas maravillas como en el servicio se prometen.

La fonda, sin embargo, no estaba llena ni con mucho de huéspedes. Solo había unos veinte y dos mil, porque aun no habían llegado los de la China y el Japon que tenían ya mandadas tomar de antemano habitaciones.

Supónese allí que nuestros dos viajeros llegan al patio, piden su número, se les hace sentar en otros tantos sillones, la máquina silba, y un momento despues se encuentran en su cuarto del segundo piso sin haber tenido que subir un solo escalon. Dos criados vestidos de ceremonia esperan sentados en cómodas butacas las órdenes de los nuevos huéspedes; pero estos solo desean una taza de té y un vaso de agua con azúcar. Uno de los camareros trasmite la peticion en el acto por medio de un telégrafo eléctrico, y al cabo de pocos segundos los viajeros oyen el ruido de una locomotora que se aproxima. Es el pequeño tren que les trae su té y su vaso de agua, y que en seguida corre á llevar á otras habitaciones los pedidos que acaban de hacerse.

Terminado el corto refrigerio los huéspedes se disponen á descansar; pero al ir á desembarazarse de sus ropas los camareros les advierten que en aquella fonda no es uso el desnudarse por sí mismos, sino por medio de una máquina, la cual les ahorra tiempo y molestia. Advirtiéndoles sin embargo que una vez colocados por ellos convenientemente es indispensable que permanezcan completamente inmóviles, cual si fuesen á ser retratados en daguerreotipo, porque de lo contrario fuera fácil que la máquina les llevase el brazo en vez de la manga, ó la pierna en vez del calzon. Muertos de miedo y rezando á todos los santos esperan las presuntas víctimas el golpe de la máquina fatal; sus cabellos se erizan al oír el espantoso rechinar de las ruedas; mas el susto es de un momento. Ya están en paños menores y en gorro de dormir. La misma máquina ase de ellos, y los mete en sus respectivas camas. Los criados no tienen que hacer mas que descartar las buenas noches, y llevarse la luz.

Casi hemos estado á punto de creer que esta graciosísima exageracion pueda un dia llegar á realizarse, en parte al menos, al ver funcionar la nueva é ingeniosa máquina de coser

que acaba de recibir el Sr. de Arcos, acreditado sastre de esta ciudad, y que ha deseado apreciar por sí mismo este prodigioso adelanto de la industria, del cual hemos hablado repetidas veces en nuestro periódico con ocasion de la revista de modas de París. La felicidad de sus primeros ensayos le ha inducido á adoptar á aquella en su establecimiento, segun tenemos entendido que ya lo estaba en el bazar de ropas de *El Aguila*, cuyas máquinas no habíamos tenido ocasion de ver.

No vamos á entrar en pormenores del mecanismo, porque eso aquí á nada conduciria: baste saber que la aguja está asegurada verticalmente, que tiene el ojo inmediato á la punta, y que se mueve de arriba abajo. La misma máquina hace correr á la tela en línea recta, y cuando hay que variar de direccion á la costura basta mover aquella con la mano para hacerle seguir la curva que exige la figura del corte. El pespunte resulta perfectamente igual, y se egecuta con una rapidez sorprendente. Puede coserse toda clase de tela, porque la presion se gradúa al efecto.

Las ventajas de esta máquina en los talleres de sastres y modistas nos parecen incontrovertibles. Ahórrase mucho tiempo, y las costuras tienen una exactitud matemática y una gran solidez. No se crea sin embargo que se hace todo con tener un aparato de estos en cada casa ni se imagine que con solo mover el pié para que funcione sobran ya las manos y las agujas. El coger puntos de medias, el zurcir piezas, y otras costuras á este tenor, quedan por ahora fuera de los adelantos de la mecánica. Al menos, tal sospechamos, aunque nuestra opinion poco valga porque no somos nada fuertes en derechos y en puntos de ojal. Puede que tambien les llegue su dia, porque no es esta la época de estrañar nada.

Al bello sexo toca tomar mas detallados y mas seguros informes acerca de tan importante descubrimiento, y de la notoria amabilidad del Sr. de Arcos no dudamos que se preste á darlos con singular placer.

Nosotros solo habíamos visto esta máquina en dibujo. En punto á adelantos del siglo estamos en España muy acostumbrados á verlos.... pintados.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Los trages de calle se llevan muy sencillos, toda la elegancia se reserva para los equipos de noche.

Hé aquí dos modelos de casa de Mme. Maréchalle.

Primer vestido. De suaré. Trage de muaré *antique* gris. Por abajo una ancha tira de terciopelo nacarado; corpiño redondo con berta del ya dicho terciopelo, redonda por detrás y cruzada por delante, yendo á perderse debajo del brazo.

Mangas plegadas por arriba, por abajo en ancha pagoda, y en este sitio tres pliegues al sesgo de terciopelo del mismo color que la berta. Bajo el brazo, á lo largo de la costura, bellotitas nacaradas; lo mismo en la berta, sobre los hombros.

Segundo vestido. De tafetan negro, sembrado de ramitos Pompadour cereza. Por delante tiene una ancha tira de terciopelo negro, cortada de trecho en trecho por otra tira atravesada formando cruz. Corpiño redondo, chato. Berta de terciopelo negro, redonda por detrás y por delante, guarnecido de un flequillo seda cereza y negro.

Mangas plegadas por arriba y por abajo, con vueltas de terciopelo negro, retenidas por una presilla cereza y negra. Pequeñas faltriqueras á cada lado de la saya, adornadas con un torsete, así como las mangas.

Entre los sombreros de Mme. Maréchalle citaré uno de raso grosella. El ala y el bavolet son de terciopelo negro. En el interior hay un bandó de terciopelo, trenzado de grosella y negro.

Pienso en los bustos mecánicos de M. Bienvenu que sirven para probar los trages, y recuerdo á las costureras que los espresados sirven para todos los talles por medio de correas que se estrechan á voluntad.

Los trages de cierto lujo se ven siempre muy adornados de pasamanería, y la casa Soré-Delisle hace en este género cosas maravillosas. Allí se encuentra en este momento el mas rico surtido de cintas que pueda imaginarse. Las mas son tafetan *chiné* atravesadas de listas de terciopelo de todos los colores posibles; las otras forman mil rayitas de tafetan y terciopelo. También las hay escocesas, ó de grandes cuadros, y colores claros. Todo esto se empleará en trages de noche, porque la moda de las cintas, ya en cinturón ó ya en peinado, se vé muy estendida este año.

Tratemos ahora de pasar revista á los som-

breros de la casa Leroy-Mariton. ¡Qué gracia tan encantadora en todos sus modelos de una esquisita frescura, y qué se diría al verlos que han sido creados por la palabra y no por el contacto de las manos! Ved aquí tres tan solo, que tomo al acaso, y cuyas formas jóvenes, coquetas, llenas de distincion, revelan el talento superior que preside al establecimiento Leroy-Mariton.

Primer modelo.

Sombrero de terciopelo negro. El ala y el bavolet son de terciopelo flor de melocoton. A la izquierda cuatro presillas rodeadas de un encage negro que cae elegantemente al lado del ala. A la derecha una sola. Todas de terciopelo negro.

En el interior bandó de terciopelo flor de melocoton.

Este sombrero es para equipo sencillo de calle.

Segundo modelo.

Sombrero de terciopelo real blanco. En el borde del ala pasa de derecha á izquierda una ligera banda de terciopelo color de vincapervinca, que cae terciada hácia un lado, y orlada en este sitio de una franja de pluma blanca. Una franja semejante se revuelve sobre el ala, á modo de un encage. El bavolet es blanco, con cabeza de terciopelo del color de la banda. En el interior, bandó de terciopelo. Hoy es este el adorno mas de moda, bajo la forma de torcete ó de trenza.

Tercer modelo. Sombrero para equipo de noche.

De crespon blanco y azul. El fondo es blanco. Una bella blonda, imitacion del punto de Alençon, decora la parte superior del sombrero. Tres rosas sin follage, armonizando admirablemente con el color azul de cielo del ala y del bavolet, están situadas á la izquierda y en el borde del sombrero. Una cuarta rosa está colocada debajo, donde un torcete azul hace de bandó.

Este lindísimo sombrero ha tomado el nombre de Pompadour.

Entre los prendidos señalaré los siguientes. El de Luis XV, en terciopelo grosella, con es-terillas de cuentas de oro. Pluma blanca.

El prendido Francisco I, en terciopelo negro, con pluma blanca y colibrí. Detrás, una especie de redecilla griega con filigranas de oro. El colibrí debe colocarse coquetamente á la izquierda. Un rico torcete de oro enlaza los de terciopelo, y termina en dos bellotas de gran valor.

El prendido *Bacante*, de uvas verde Isly, mezcladas con uvas negras y oro, con pámpanos.

El prendido *Stela*, con estrellas de oro y follage.

El prendido *Pompadour*, para una joven, con pequeña corona sobre la oreja izquierda, y una rama á la derecha.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

ABRIGO PARA NIÑA DE 5 Á 6 AÑOS.

Se hace de paño gris galoneado de encarnado. El cuerpo, números 1 al 6 componen la mitad del abrigo, para lo cual no tienen mas que unir las letras que van señaladas. El número 7 es la manga y el 8 la esclavina, las cuales se forran de seda gris á listas encarnadas. Número 9, conjunto del abrigo.

- 10 Esquina para pañuelo, Juan de las Fuentes: al pasado rico, feston, punto de escala y nuditos.
- 11 Id. id. A. T.: al pasado.
- 12 Id. id. A. T. enlazadas: id.
- 13 Id. Leonor Rosado: al pasado y feston.
- 14 Id. La Condesa de Huet, y corona: bordado rico.
- 15 Josefa Berenguer: al pasado.
- 16 C. Ll.: al pasado ó feston.
- 17 J. C. B.: id.
- 18 Esquina para pañuelo, T. B.: feston.
- 19 A. P.: al pasado.
- 20 L. P.: id.
- 21 J. H.: id.
- 22 E. R.: id. rico.
- 23 F. F.: id. ó feston.
- 24 M. B.: id. id.
- 25 L. B.: id. id.
- 26 E. W.: id. y lunares.
- 27 J. S. A.: id.
- 28 L. R.: id.
- 29 L. H.: id.
- 30 A. Y.: id. ó feston.
- 31 Pascuala: id.
- 32 V. P.: id. ó feston.
- 33 S. M.: id.

N. 1 y 2 Cuello y puños: al pasado con embutido de Valenciennes.

- 3 Guarnicion: feston y bordado ligero.
- 4 Id.: al pasado y feston.
- 5 Id.: id. id. y calados.

- 6 Pañuelo: id. id.
- 7 Guarnicion: id. ojete ó lunares.
- 8 Id. doble: id. id.
- 9 Id. id. y bordado ligero.
- 10 y 11 Cuello y puños: bordado ligero.
- 12 Esquina para pañuelo C. P.: al pasado ó feston.
- 13 Guarnicion: al pasado, feston y ojete ó lunares.
- 14 Id. id.
- 15 Pantalla de chimenea: al pasado sobre moiré blanco; las hojas verde oscuro.
- 16 Esquina para pañuelo M. A.: al pasado y feston.
- 17 Pañuelo: al pasado y feston.
- 18 y 19 Esquina para pañuelo M. A.—C. P.: al pasado y lunares.
- 20 Id. id. L. S. enlazadas: feston.
- 21 Id. id. B.: al pasado.
- 22 y 23 Embutidos: al pasado y ojete.
- 24 Cubierta para coginetillo de alfileres: cordoncillo fino; los lunares, perlas y las iniciales al pasado.
- 25 Guarnicion: al pasado y feston.
- 26 Josefa Martinez: id.
- 27 Mercedes Medina: id.
- 28 C. G.: id.
- 29 C. G.: id.
- 30 C. G.: id. fino.
- 31 Cándida: id.
- 32 C. R.: id. y cordoncillo.
- 33 Isabel: id. ó feston.
- 34 M. D. G.: id. id.
- 35 C. S.: id. id.
- 36 Y. G.: id. id.
- 37 J. G.: id. id.
- 38 C. S.: ojete.
- 39 M. D. G.: id.
- 40 Y. G.: id.
- 41 J. G.: id.
- 42 A. R.: al pasado.
- 43 L. P.: id.
- 44 C. B. enlazadas: id.
- 45 C. S.: id.
- 46 E. S.: id. rico.
- 47 L. S. enlazadas: id.
- 48 Isabel: id.
- 49 M. R.: id.
- 50 Isabel: id.
- 51 Manuela Puerto y Castillo: al pasado ó feston.
- 52 Manuela Anta y Luque: id. id.
- 53 M. P. enlazadas: al pasado.
- 54 Dolores: id.
- 55 Angel: id.
- 56 A. S. A.: id.
- 57 M. B.: id.

58 E. G.: id.
59 T. R.: id.

CORRESPONDENCIA.

Al suscriptor anónimo, de Cádiz, que en fecha 23 de Diciembre se permitió varias é infundadas observaciones, puede cuando guste pasar personalmente á avistarse con el Director del periódico, el cual le contestará como corresponde.

Sr. Don B. R. M.: *Lorca*.—Suscrita hasta fin de Marzo la Sra. doña A. S.

Sra. Doña A. A.: *Calaceite*.—Se le considera suscrita por todo el año de 1859.

Sr. Don M. G.: *Sevilla*.—Suscrito hasta fin de Diciembre. El regalo que le pertenece se le ha remitido el día 31 del mes anterior.

Sr. Don S. P. de L.: *Zalamea la Real*.—Idem dem.

Sr. Don J. U.: *Madrid*.—Idem idem.

Sr. Don J. N. J.: *Santiago*.—Idem idem.

Sr. Don M. P. y R.: *Cartagena*.—Idem idem.

Sr. Don F. P.: *Santander*.—Idem. Su importe 108 rvn.

Sr. Don F. de V.: *Ciudad Rodrigo*.—Idem. El almanaque profético se le remitió el 27 del pasado.

Sra. Doña M. G. de A.: *Murcia*.—Idem. El valor de las obras de regalo asciende á 50 rs.

Sr. Don J. G. S.: *Sanlúcar de Barrameda*.—Idem. Las obras que pide se entregarán á la persona que indica en su apreciable del 28 del anterior.

Sra. Doña L. T. de M.: *Palma de Mallorca*.—Id. Puede V. pedir el regalo que le corresponde.

Sra. Doña E. C. M.: *Huete*.—Idem. El almanaque profético se le ha remitido el día 30. En el patron de Febrero se estamparán las iniciales que pide. El catálogo se le ha remitido.

Sr. Don J. P. B.: *San Fernando*.—Queda V. suscrito por dos años, á contar desde 1.º del actual.

Sr. Don J. S. de la P.: *Búrgos*.—Con el cuaderno de Diciembre se repartieron los figurines correspondientes á Noviembre; este se le ha duplicado el día 30. Están estampándose las piezas de música que hemos de repartir á los suscritores de LA MODA.

Sr. Don A. O.: *Avilés*.—El dibujo de tapicería que se incluyó en el último cuaderno, en razon á su tamaño, corresponde á los meses de Noviembre y Diciembre. Muy pronto se dará una de las piezas de música.

Exema. Sra. C. de H.: *Lucena*.—El día 29 se le ha remitido la obra que pide como regalo.

Sres. Don A. S., de *Granada* y don R. G., de *Abe-nojar*.—Suscritos hasta fin de Febrero. Los números publicados se les remitieron el día 28 del pasado.

Sra. Doña R. B. y O.: *Prábia*.—El día 27 se le remitió el número que reclama. El último número de Noviembre es el cuaderno que tiene la fecha del 7 y se repartió el día 28.

Sra. Doña C. P.: *Valladolid*.—Suscrita hasta fin de Abril.

Por falta de espacio no insertamos en el número anterior las siguientes reclamaciones:

Sra. Doña B. S. de G.: *Cartagena*.—Suscrita hasta fin de Junio de 1859. El almanaque profético se ha remitido el día 24. El cuaderno correspondiente al mes anterior, que obra en su poder y que tiene la fecha del 7, es el número 28 que reclama.

Sra. Doña L. S.: *Madrid*.—Hasta el día 19 del actual no hemos tenido aviso de haber V. renovado su suscripcion por el cuarto trimestre de este año. Los números publicados se le han remitido el día 20.

Sra. Doña Y. Ch.: *Jaen*.—Idem. Idem.

Sra. Doña E. A.: *Barcelona*.—Idem. Idem. Los moldes que pide los encontrará V. en uno de los patrones de este trimestre.

Sr. Don J. M. L.: *Cáceres*.—El cuaderno de este mes lo ha recibido V. en la forma debida. Las iniciales y nombre que pide las encontrará en el próximo patron.

Sra. Doña P. del A. y M.: *Olias del Rey*.—Suscrita por todo el año de 1859. Los dos almanaques proféticos se han puesto en correos el día 27. La suscripcion de la Sra. Doña A. Ch. de B. se servirá directamente.

ADVERTENCIA.

No damos con este numero dibujo de tapiceria en colores porque repartimos en su lugar el almanaque cromo-litografiado que tenemos ofrecido. Sin embargo, si algun señor suscriptor prefiere lo primero se le cambiara.

Por equivocacion no se puso en el número anterior la solucion al geroglífico inserto en el del día 19 del pasado, y si la correspondiente al del 12. Hoy ponemos aquella.

Solucion del geroglífico anterior.

Un alma sola ni canta ni llora.

Solucion del num. del día 19.

Las artes son el reflejo de la historia y carácter de cada pueblo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

